

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA (1814-1873)

BALTASAR

PERSONAJES

ELDA, sobrina de Daniel, joven de dieciséis años.

NITOCRIS, madre de Baltasar, cuarenta y cinco a cincuenta años.

BALTASAR, rey de Babilonia, de veintiocho a treinta años.

JOAQUÍN, ex rey de Judea, muy anciano.

RUBÉN, nieto suyo, de veinte años.

DANIEL, profeta hebreo, de cuarenta a cuarenta y cinco años.

RABSARES, cortesano, también de mediana edad.

NEREGEL, Ministro (ídem)

SÁTRAPA 1

SÁTRAPA 2

MAGO 1

MAGO 2

Sátrapas, Cortesanos, mujeres del Rey y del séquito de la Reina. Esclavos. Guardias. Pueblo.

ACTO PRIMERO

Prisión de Joaquín. Ventana alta, con reja hierro, por la que penetra la luz que alumbra únicamente aquella lúgubre estancia.

ESCENA I

Joaquín, Elda. El primero sentado y pobremente vestido a la usanza hebrea. La segunda a sus pies, leyendo el Libro de los Profetas.

ELDA

(Leyendo.)

«¡Cuán triste y solitaria

de cien provincias la ciudad señora!

La que ayer reina, hoy viuda y tributaria

su duelo ostenta y su baldón devora.

Luto visten sus valles,

no hay en las aras de su Dios ofrendas;

la yerba crece en sus desiertas calles

y guardan muda soledad sus sendas».

JOAQUÍN

Hija, suspende un momento
tu triste y santa lectura.
¡De ese cuadro la amargura

ELDA

Voz también de Jeremías
es esta escucha, señor,
y mitiguen tu dolor
las sagradas profecías.
(Leyendo.)
«Llegará tiempo en que del pueblo mío»,
dice el Señor, «escucharé las preces,
y en su cáliz fatal romperé pío
antes que apure las postreras heces.
¡Oh virgen de Judá! Detén el llanto
y suspende la voz de tus gemidos,
que aún se unirá tu jubiloso canto
del címbalo y salterio a los sonidos!».

JOAQUÍN

Arrodíllate y bendice
de tus padres al Dios justo,
que por su profeta augusto
ya aplacado nos predice
misericordia y perdón.

ELDA

(Arrodillada.)
¡Bendito, bendito sea,
y que cumplida se vea
la dichosa predicción!

JOAQUÍN

(Acariciando la cabeza de Elda con su trémula mano.)
¡Pobre flor, que tu perfume
en esta mazmorra exhalas,
y cuyas virgíneas galas
mi triste aliento consume...!
¡Flor, que nacida entre abrojos
ni aun llanto tienes por riego;
pues ni aun lágrimas, del ciego
conservan los muertos ojos...!
¡Luzca pronto, luzca el día
que Dios te ofrece piadoso,
y al pobre ciego reposo
dé entonces la tumba fría!

ELDA

¿Tú morir...? No, ten presente
que eres del Señor ungido,
y que al trono que has perdido
aún quiere alzarte clemente,
pues si alcanza redención
el pueblo que fue tu grey,
volverá en triunfo su rey
al solio de Salomón.

JOAQUÍN

De la grandeza pasada
ya ni aun conservo memoria,
¡Huyó cual humo mi gloria...,
miré mi púrpura hollada!
¡El cetro...! Mi flaca mano
alzarlo pudiera apenas,
después que infames cadenas
arrastra de un vil tirano.
Para diestra más pujante
guárdelo el Dios de David,
y aquel supremo adalid
me otorgue, cuando triunfante
a sus hijos rescatados
bajo su escudo reúna,
que en la tierra de mi cuna
rinda mis huesos cansados.

ELDA

¿Pero... y tus hijos?

JOAQUÍN

Mis hijos...
¿No me han prestado consuelo
del cautiverio en el suelo
y entre pesares prolijos?
Deles Dios la recompensa
y a ti también, Elda mía
a ti, que animosa y pía,
en esta atmósfera densa
marchitando tu beldad,
tu juvenil atractivo,
eres para este cautivo
ángel de santa piedad.

ELDA

Sirvo a mi rey y a mi padre;
¿qué hay en ello que te asombre?

JOAQUÍN

¡Ah...! Suprime el primer nombre
basta que el otro me cuadre.
Tu padre, sí; de adopción
lo he sido siempre, y espero
serio en breve verdadero
por una plácida unión.
Llegue, llegue presuroso,
cual Rubén anhela amante,
de vuestra boda el instante.

ELDA

En tu nieto generoso
no impera sólo el amor;
que aunque nacido en destierro
y bajo el yugo de hierro
del más indigno opresor,
no en balde sangre real
siente correr por sus venas...
¡Al compás de las cadenas
no alzaré el himno nupcial!
Aguardemos confianza
tengo en la augusta promesa.

JOAQUÍN

(Levantándose.)

Mi alma en el Dios que confiesa
pone también su esperanza.
Mas, ¡ay!, no ha mucho en vano
presumí que en nuestra suerte
cambio causase la muerte
de nuestro daño inhumano,
y Nabucodonosor
ya duerme en la tumba helada,
sin que nada ablande, ¡nada!,
a su infausto sucesor.

ELDA

Calla, que se acerca alguno.

JOAQUÍN

No son pasos de mi nieto.

ELDA

Suele venir sin objeto
tu carcelero importuno.
(Se adelanta a ver quién entra.)

ESCENA II

Los mismos, Nitocris, Rabsares

ELDA

(Al ver a Nitocris y a Rabsares, que se detienen un instante en la
puerta.)
¡Ah...!

RABSARES

Señora, yo anunciarte
debo...

NITOCRIS

No es menester.
(Se adelanta.)

RABSARES

(Aparte.)
¡Mi instrumento vas a ser,
oh, reina!

NITOCRIS

(Arrojando una mirada por aquel horrible calabozo. Aparte.)
¡El alma se parte
de compasión!

JOAQUÍN

(Bajo, a Elda.)
¿Quién...?

ELDA

Lo ignoro.

NITOCRIS

(Llegándose a ellos.)
Los dioses os den salud.

ELDA

(Saludándola.)

Señora...

NITOCRIS

(Mirándola con emoción.)

(¡Qué juventud!)

Joaquín..., tu suerte deploro.

JOAQUÍN

¿Quién eres tú, que hallas franca
la puerta de esta prisión?

NITOCRIS

Quien sabe tu situación,
que piedad del pecho arranca.

La madre de Baltasar.

JOAQUÍN

¡La reina...!

NITOCRIS

La reina, sí,
que benigna llega aquí
vuestro infortunio a templar.

(A Elda.)

De Daniel, tu noble tío,
en mucho apreció el saber,
y anheló favorecer
por él al pueblo judío.

ELDA

¡Oh, señora...!

JOAQUÍN

¡Qué oigo!

NITOCRIS

(A Elda.)

Quiero
darle amparo a tu orfandad;
y obtener tu libertad
muy pronto, Joaquín, espero.
Poco ha que alcancé esa gracia
para tus hijos del mío,
y que no niegue confío
nuevo alivio a tu desgracia;
pues si aún no es llegado el día

de entera reparación,
consolarte en tu aflicción
será desde hoy mi alegría.

JOAQUÍN
Pueda mi alma agradecida...

NITOCRIS
Basta. Tú, virgen hermosa,
no en la cárcel tenebrosa
sepultes tu edad florida.
Junto a mí, y en el palacio,
asilo augusto te doy,
y a tener vas desde hoy
hogar, madre, luz y espacio.

ELDA
(Con cierto pavor.)
¡Yo...!

JOAQUÍN
Permite que a tus pies...

NITOCRIS
¡No! ¡Levanta!

JOAQUÍN
Su hermosura
se marchita en esta impura
mazmorra... Sí, tú lo ves.
¡Cumple tu promesa...! ¡Salva
a ese ángel de mi destierro!

NITOCRIS
No le hallará en este encierro
de nuevo la luz del alba.

RABSARES
(Aparte.)
¡Mi designio se logró!

ELDA
(A Joaquín con espanto.)
¿Yo abandonarte...?

JOAQUÍN

Hija cara,
harto de tu piedad rara
el triste viejo abusó.

ELDA

¡Nunca! Déjame a tu lado.
¡Tu cárcel es mi universo!

JOAQUÍN

El cielo me fuera adverso
si aceptara despiadado
tu sublime sacrificio.
No, Elda amada, sé dichosa,
de esta princesa gloriosa
recibiendo el beneficio,

NITOCRIS

Veros podréis con frecuencia.

JOAQUÍN

(A Elda.)

¿Oyes...?

ELDA

¡Ah...!

JOAQUÍN

Verme podrás,

NITOCRIS

Y libre en breve.

JOAQUÍN

¡Eso más!

¿Qué importa tan corta ausencia?

ELDA

(Echándose en sus brazos.)

¡Padre...!

JOAQUÍN

(Estrechándola contra su corazón.)

¡Oh hija...! ¡Oh hija...!

NITOCRIS

Os dejo

explayar vuestra ternura.

Ella sabrá en su cordura
seguir dócil el consejo
del que su padre apellida;
y tú, venerable anciano,
no afligido sino ufano,
recibe su despedida.
Para llevarla a mi lado
Rabsares volverá presto,
y yo a cumplirte me apresto
la esperanza que te he dado.
¡Las deidades que venero
cambian tu suerte enemiga!

JOAQUÍN

¡Que a ti, oh reina, te bendiga
el sólo Dios verdadero!

NITOCRIS

(A Rabsares, al salir)
Grato deber he cumplido,
Rabsares; gracias te debo.
(Se va.)

RABSARES

(Al seguirla. Aparte.)
Yo a dártelas no me atrevo,
aunque a mi antojo servido.

ESCENA III

Joaquín, Elda y después Rubén.

JOAQUÍN

¿Ves cuán pronto del profeta
las promesas bienhechoras
van a cumplirse...? ¿Y tú lloras...?
¿De qué tu pecho se inquieta?

ELDA

Perdonadme, padre mío...
Razón mi espanto no tiene,
y aquí nuestro Rubén viene
para darme esfuerzo y brío.

RUBÉN

(Que se supone ha encontrado a la Reina, y la sigue con la vista,

sorprendido.)
¡Es ella...! ¡Sí!
(Acercándose.)
¿Qué me anuncia
de Nitocris la visita?

JOAQUÍN
Que sea, oh hijo, bendita,
antes de todo pronuncia.

RUBÉN
¡Padre...! ¡Me sorprendes tanto...!

JOAQUÍN
(Señalando a Elda.)
Ya no verás su belleza
marchitarse en la tristeza
y consumirse en el llanto.
Que ella propia te refiera
de su suerte la mudanza
y la imprevista esperanza
que hoy nos luce lisonjera;
yo entretanto en soledad
mil gracias rendiré a Dios,
encomendando los dos
a su infinita bondad.
(Se va por la puerta lateral, guiándole Elda, que vuelve a la escena.)

ESCENA IV
Rubén y luego Elda.

RUBÉN
(Después de un momento de silencio.)
¿Mi padre anuncia un cambio venturoso
y Elda los ojos baja estremecida...?
¿Qué quiere decir esto?
(A Elda, que vuelve llorosa.)
¡Por tu vida!
¡Habla presto, mi bien! ¡Habla a tu esposo!
¿Por qué lloras así?

ELDA
¿Posible fuera
dejar esta mansión sin duelo y llanto,
si en ella vi correr mi edad primera

y aquí escuché tu juramento santo?

RUBÉN

¿Es pues tu ausencia, ¡oh Dios!, tu ausencia impía
es el comienzo de la nueva suerte...?

¡Yo ni el cetro del mundo compraría
a precio, oh Elda, de cesar de verte!

¿Dónde quieren llevarte? ¿Con qué intento?

¿Qué dicha puede haber que yo ambicione
a trueque de tan bárbaro tormento...?

¿Quién la fatal separación dispone?

¡Dilo!

ELDA

La desventura que nos hiera
de Nitocris lastima el pecho egregio,
y darme asilo venerable quiere
de Babilonia en el alcázar regio,
cual principio feliz de otros favores.

RUBÉN

(Con impetuosidad.)

Yo los hubiera al punto rechazado.

«¡Y aquí, le hubiese dicho, «¡aquí he pasado
todos mis goces, todos mis dolores!

En el recinto de tan triste estancia
mi juventud se alberga desvalida,
y aquí mi amante y yo desde la infancia
vivimos juntos de una misma vida;
bien como dos arbustos infelices
que bajo extraño sol lánguidos crecen,
y entrelazando ramas y raíces
arrimo mutuo y fraternal se ofrecen.»

ELDA

Así le hablara yo, ¿mas no sería
con mi nación y con mi rey injusta,
si rechazando la clemencia augusta
la convirtiese en odio...? No debía
a tal riesgo exponerme; ni he podido.

RUBÉN

¿Pero la reina?

ELDA

Aligerar el yugo
quiere de nuestro pueblo, y aún le plugo

aquí anunciar con labio conmovido,
la libertad del ciego desgraciado.

RUBÉN
¡Qué dices...!

ELDA
Su piedad trocarse en saña
sin duda haré con mi repulsa extraña
y agravaré nuestro infeliz estado...
Pero dispuesta estoy si tú lo ordenas
yo lo pospongo todo a tu deseo,
y en las dichas mayores nada veo
que me consuele de causar tus penas.

RUBÉN
No: no soy sordo del deber al grito.
Tengo una Patria..., un padre a quien adoro...
¡Acepta...! ¡Acepta, sí! Yo lo permito...
Yo te prometo sofocar mi lloro.

ELDA
Al escucharte se redobla el mío
inundando mi rostro.

RUBÉN
(Tomándole la mano.)
¡Virgen cara!
¡Amiga! ¡Hermana...! ¡Amante...! Yo confío
en que para bien nuestro nos separa
la Providencia. Término dichoso
a tantas pruebas compasivo el cielo
pondrá sin duda, y cumplirá mi anhelo
de verme pronto tu feliz esposo.

ELDA
En el fondo del alma brotar siento,
por más que la razón se esfuerza y lucha,
no sé qué vago, atroz presentimiento...

RUBÉN
(Aparte.)
¡También yo!

ELDA
¡Ves cuál tiemblo!

RUBÉN

¡Oh, Elda! Escucha.

Ya gozo libertad; nada me impide
correr a disfrutar donde tú mores
horas de dulce encanto. Sí; no llores.
Es grande el sacrificio que nos pide
el sagrado deber. ¡Mas grato es vernos
fuera de esta mazmorra, en que respiras
atmósfera letal!

ELDA

Doquier que miras,
¿no ves, ¡Rubén!, no ves recuerdos tiernos
que estimar debe el triste que los deja...?
Allí al primer destello matutino
(Señalando los sitios de que habla.)
que traspasaba por la angosta reja,
orábamos los dos al Ser Divino;
y el pajarillo que acudir solía
a recoger un grano de mi diestra,
sus dulces cantos jubiloso unía
al triste son de la plegaria nuestra.
Allá tomamos el frugal sustento
que antes bendijo la paterna mano,
y en ese banco se adormió el anciano
dándole arrullo mi amoroso acento.

RUBÉN

¡Ah!

ELDA

¡Cuántas noches de vigilia inquieta,
en que medrosa se agitaba su alma,
tú le volviste la perdida calma,
con la santa lectura del profeta!
¡Cuántas mi mano con amor secaba
la última gota de su lloro amargo,
cuando en sus labios, con murmurio largo,
aún la postrera bendición vagaba!

RUBÉN

(Vivamente conmovido.)

¡Calla...!

ELDA

(Señalando la ventana.)
Esa nube, que celajes rojos
tiende del cielo en el azul brillante,
¡es la misma tal vez que nuestros ojos
ayer siguieron en su curso errante...!
¡Y luego, luego brillará la estrella
a que dimos los dos nombres ignotos,
y cada noche se aparece bella,
testigo a ser de nuestros tiernos votos!

RUBÉN
¡No más...!

ELDA
¿En dónde hallar estas memorias
de gozo y de dolor, dulces al pecho...?
RUBÉN
¡Elda!

ELDA
¿Qué resplandor de ajenas glorias
me hará olvidar la sombra de este techo?

RUBÉN
(Mirando dentro.)
¡Mi padre! Ten valor.

ELDA
Sí; no adivine
estas lágrimas...

RUBÉN
No: sécalas pía...
Sólo el deber tu corazón domine...
¡Mi fortaleza imita, esposa mía!
(Se adelanta a prestar apoyo al ciego.)

ESCENA V
Los mismos, Joaquín.

JOAQUÍN
(Al tomar el brazo de Rubén.)
¿Rendiste gracias al cielo
por las mercedes de hoy?

RUBÉN

¿No lee en los corazones,
¡oh padre!, su excelso Autor?
Siéntate.

(Lo hace Joaquín.)

Pronto, lo espero,
dejarás esta prisión
tan horrible.

JOAQUÍN

Aunque quisiera
calentarme libre al sol,
y respirar auras puras
en vez de infecto vapor,
no por gozar tales bienes
mis vivos afanes son.

(A Elda.)

Cerca estarás de Nitocris:
si mereces su favor,
no olvides, ¡oh hija!, que esclava
gime la triste Sión.

ELDA

No, padre.

JOAQUÍN

¡Fiel a tu pueblo
sé siempre; fiel a tu Dios!

ELDA

¡Ah, yo lo juro!

JOAQUÍN

(Señalando el cielo.)

¡Él te escucha!

ELDA

(Arrodillándose.)

Y aquí a tus plantas, señor,
ratifica el sacro empeño
con nueva fuerza mi voz.

(Con solemnidad.)

¡Juro conservarme fiel
a Dios, mi Patria y mi amor!

RUBÉN

(Arrodillándose también.)
Y yo, aceptando tus votos,
mi mano, ¡oh Elda!, te doy
ante mi padre y el cielo.

JOAQUÍN

(Levantándose y extendiendo sus manos con ademán solemne,
sobre las cabezas de los dos jóvenes arrodillados a sus pies.)
¡De Abraham, de Isaac, de Jacob,
Padre inmortal! ¡Ser sublime
de cielo y tierra Hacedor!
Yo en tu nombre sacrosanto,
que adora la creación,
recibiendo las promesas
que han pronunciado los dos,
una y tres veces bendigo
su casta y eterna unión.
¡Santificala en tu gloria,
y sé de ellos protector!

RUBÉN

(Levantándose y también Elda.)
Este anillo que te entrego
mi santa madre llevó
hasta su último suspiro.

ELDA

¡Y hasta marchar de ella en pos,
cual prenda de fe sagrada
te ofrezco llevarlo yo!

JOAQUÍN

Pisadas oigo.

RUBÉN

¡Se acercan!

ELDA

(Aparte.)
Se me oprime el corazón.

RUBÉN

(Bajo a Elda.)
¡Oh, esposa! ¡Llega el instante
temido!

ELDA
Tendré valor.

ESCENA VI
Los mismos, Rabsares, esclavos con presentes.

RABSARES
La excelsa madre del rey,
de quien siervo humilde soy,
estos regalos te envía
en muestra de protección,
noble virgen. Llegar debes
ornada con esplendor
a su presencia.

ELDA
¡Yo...!

JOAQUÍN
¡Cuántas
bondades!

RABSARES
Sin dilación
prepárate a complacerla.

ELDA
Te seguiré, pronta estoy;
mas no trueco por ninguno
el traje de mi nación,
ni a una cautiva convienen
joyas de tanto valor.

JOAQUÍN
Discúlpela su modestia.

RABSARES
Yo he cumplido mi misión.
(A Elda.)
Nitocris te espera.

JOAQUÍN
(Con voz conmovida.)
Parte
¡oh, hija amada! Del Señor

a la guarda te encomiendo.

ELDA

(Besando su mano.)

¡Adiós, padre mío!

JOAQUÍN

(La abraza.)

¡Adiós...!

¡Los ángeles te acompañen!

ELDA

(Tendiendo la mano a Rubén.)

¡Hermano...!

RUBÉN

Contigo voy.

ELDA

No; reemplázame a su lado,
consolando su aflicción...

Mas no me olvides.

RUBÉN

¡Yo...! ¡Nunca!

ELDA

(A Rabsares.)

¡Salgamos!

(Se va con esfuerzo, y la siguen Rabsares y los esclavos.)

JOAQUÍN

(Con angustia, después de un momento de silencio.)

¿Marchó...?

RUBÉN

(Acercándosele.)

¡Marchó!

ESCENA VII

Joaquín, Rubén.

JOAQUÍN

(Que oye los abogados sollozos de su nieto.)

¡Llora, sí, llora...! Tus ojos

ya no verán cada instante
aquel hermoso semblante
que ahuyentaba los enojos.
No ya del labio inocente
gozarás la dulce risa,
que cual balsámica brisa
purificaba este ambiente;
ni llenará mi prisión
de aquella voz el sonido,
que regalando el oído
confortaba el corazón!
RUBÉN
¡Oh, padre...!

JOAQUÍN
Nuestra amargura
tiene, no hay duda, el consuelo
de saber que quiere el cielo
de Elda labrar la ventura,
y que al pueblo esclavo y triste
no pone Dios en olvido.

RUBÉN
Gran deber hemos cumplido
y ese gozo nos asiste.
Pero alguien llega. Es Daniel.

ESCENA VIII
Los mismos, Daniel

DANIEL
Que Dios con vosotros sea.

JOAQUÍN
El de la nación hebrea
se ostenta protector fiel.

DANIEL
Lo sé, Joaquín; su justicia
puede afligimos severa,
mas que triunfe no tolera
del perverso la malicia,
pues si aquél astucia alcanza,
dio el cielo prudencia al bueno.

RUBÉN
¡Turbado estás...!

DANIEL
No..., sereno;
porque en su fe se afianza
mi corazón, y a burlar
viles planes vengo aquí.

JOAQUÍN
¡Cómo!

RUBÉN
¡Explícate!

DANIEL
(A Joaquín.)
De ti
no dejes nunca apartar
a mi inocente sobrina.

RUBÉN
¡Elda...!

JOAQUÍN
(Aparte.)
¡Cielos!

DANIEL
Su quietud,
su pureza y su virtud
peligran.

JOAQUÍN
(Aparte.)
¡Piedad divina!

RUBÉN
¡Peligran...!

DANIEL
¡Oh sí...! ¡Escuchad!
(Breve y solemne pausa, durante la cual Joaquín y Rubén respiran
apenas, en angustiada expectativa.)
De Nabucodonosor,
aquel tirano opresor

de la triste humanidad,
nació el déspota que al mundo
postrado a sus plantas mira,
y no la huella con ira,
mas sí con desdén profundo.
No puso Dios en su seno
un corazón bajo, no,
pero temprano agotó
de los vicios el veneno.
Desde la cuna potente,
dichoso desde la cuna,
no encontró gloria ninguna
que conquistarse valiente.
Todo lo tuvo al nacer;
de todo pudo abusar;
poseyó sin desear
y disfrutó sin placer.
Vio en sus dioses vanos nombres,
sus caprichos en las leyes,
su herencia en el mundo..., ¡y greyes,
viles greyes en los hombres!

RUBÉN
¡Sigue!

JOAQUÍN
¡Sigue!

DANIEL
Saciado
de mando, grandeza y goces,
ya con arrugas precoces
se halla su rostro surcado,
y en la edad bella y florida,
mustia y enervada su alma,
se postra sin hallar calina,
por el tedio consumida.
¡Tal es el rey Baltasar!
¡Tal la extraña situación
en que lo ve esta nación
que desdeña gobernar!
Aquel príncipe absoluto
que manda en provincias tantas,
y a cuyas soberbias plantas
los reyes rinden tributo,
de su molicie al exceso

y por desprecio al poder,
en manos de una mujer
del cetro dispone el peso.

JOAQUÍN

¿Su madre...?

DANIEL

Que es generosa
y de su imperio no abusa,
aunque de hacerlo la acusa
toda la corte celosa.
Son por su influjo ofendidos
los que ejercerlo ambicionan,
y su virtud no perdonan
los sátrapas corrompidos.

JOAQUÍN

¿Rabsares...?

DANIEL

Cobarde adula
a la misma en cuyo daño,
con maña y talento extraño
las intrigas acumula;
mas todas hasta el presente
se estrellan en la desidia
del rey, y en balde la envidia
con él se esfuerza elocuente.
Ministros y cortesanos,
por sacarle de tal sueño,
se ligan con grande empeño
y agotan arbitrios vanos.

JOAQUÍN

(Con ansiedad.)

Pero...

RUBÉN

(Vivamente.)

¿Y Elda...?

DANIEL

Entre millares
de recursos que se inventan,
uno hay nuevo, con que cuentan
por consejo de Rabsares.

JOAQUÍN
(Con ansiedad.)
¿Cuál...?

DANIEL
Del amor la energía
presumen le reanime,
¡si con su fuego sublime
enciende aquella alma fría!

RUBÉN
¿Qué...?

DANIEL
Las mujeres más bellas
que adornan el regio harén
ya sólo alcanzan desdén...

JOAQUÍN
¡Acaba!

DANIEL
¡Pero hay doncellas
de pureza inmaculada
entre la gente judía...!

RUBÉN
¿Y osarán...?

DANIEL
¿Qué jerarquía
pudiera ser respetada?

JOAQUÍN
¡Justo Dios!

DANIEL
¡Conozco el plan
sé lo que intentan malvados,
qué sentimientos sagrados
con perfidia explotarán.
Sé que las nobles piedades
de la princesa a quien venden,
son el manto en que pretenden
envolver iniquidades...

¡Sé que han visto a mi sobrina,
que nos la quieren robar,
destinada a Baltasar
su belleza peregrina...!

JOAQUÍN
¡Muero!
(Cae desfallecido en el banco.)

RUBÉN
¡Juro salvar a mi esposa!

DANIEL
¡Tente...! ¡Oh Dios! Esa espantosa
agitación...

RUBÉN
¡Golpe fiero
te anuncia! ¡Sígueme!

DANIEL
¿Adónde?

RUBÉN
¡Al alcázar del tirano!

JOAQUÍN
(Con desesperación.)
¡Yo mismo la entregué insano!

RUBÉN
¡Salvarla me corresponde!
(Se va precipitadamente.)

JOAQUÍN
¡Oh, sí! ¡Sálvala, hijo mío!

DANIEL
(Levantando las manos al cielo y avanzando al medio del teatro.)
¡Rey de reyes! ¡Tu voz mande!
¡¡Yo mi causa te confío,
porque tú solo eres grande!!

ACTO SEGUNDO

De noche. Jardines del palacio de Babilonia, con fuentes, obeliscos y estatuas profusamente iluminados. Lujosos asientos para el Rey y su madre, bajo dosel de flores. Aparecen grupos de mujeres ataviadas con magnificencia.

ESCENA I

Nitocris, Rabsares, saliendo ambos por la derecha.

NITOCRIS

Todo está bien, ¿mas qué causa tiene tan súbita fiesta?

RABSARES

Para distracción del rey
la han dispuesto con su venia
los ministros.

NITOCRIS

¡Distracción...!
¿Pues qué cuidados le asedian?
¡Harto olvida Baltasar
que empuña un cetro su diestra!

RABSARES

Si nuestro augusto monarca
suele, señora, dar treguas
a los deberes del trono,
bien a su reino compensa
de aquella leve desidia
tu maternal providencia.
Tú mandas cuando el rey calla;
cuando él se aduerme, tú velas;
y tu gloria se engrandece
cuanto más la suya amengua.
¿Qué no debe Babilonia
a tu bondad?

NITOCRIS

Basta, cesa.

RABSARES

Si el Eúfrates caudaloso
se apartó de su carrera
durmiendo en lagos profundos,
que aún hoy absorta contempla

nuestra vista; si al soltarse
con impetuosa soberbia
para volver a besar
sus dos distantes riberas,
las encontró ya enlazadas
con puente inmenso de piedra...
Si murmurando sus ondas
corren, en canales presas,
y con mil giros tortuosos
vastísimos campos riegan,
¿qué mano sino la tuya
pudo obras tan gigantescas
llevar a cabo, y legarlas
al porvenir para eterna
gloria del asirio nombre?

NITOCRIS

Hay quien beneficios siembra
y recoge ingratitudes.

RABSARES

(Turbado.)

Señora...

NITOCRIS

Se juzga afrenta
que rija mi débil mano
de un grande estado las riendas...

RABSARES

Yo ignoro...

(Aparte.)

¿Me habrán vendido?

NITOCRIS

Contra mí planes conciertan
los sátrapas. No te turbes,
ni en tu pecho el temor quepa
que yo no acojo en el mío.
¡Plegue a los dioses que sean
de mis contrarios los votos
cumplidos! ¡Que de su inercia
saliendo al fin Baltasar
llenar sus deberes quiera,
y yo en modesto retiro,
gozando oscura existencia,

de su glorioso reinado
admire ilustres empresas!

RABSARES

Para ese empeño, señora,
poco son humanas fuerzas.

NITOCRIS

¡Ah! ¡No! Yo tengo esperanza.
No se postra por flaqueza
del rey el ánimo grande.
Duerme su alma, no está muerta.

RABSARES

¿Y presumes...?

NITOCRIS

Que habrá día,
y aun acaso ya esté cerca,
en que salga del letargo
por sacudida violenta.

RABSARES

(Aparte.)
¿Sospechará?

NITOCRIS

Del reposo
que su viril pecho enerva,
puede arrancarlo el peligro
que a mí, mujer, me amedrenta,

RABSARES

¿Un peligro...?

NITOCRIS

Se coligan
contra él los medos y persas.

RABSARES

Aún guardan en sus cervices
del yugo asirio las huellas
esas naciones, que al nombre
de Babilonia se aterran.
Si olvidaran lo pasado
aún ven surgir por doquiera,

para escarmiento de audaces,
lecciones harto sangrientas.
Que le pregunten a Tiro
si la salvó su opulencia
del rigor de nuestro enojo.
¡Que alcen Samaria y Judea
su abatida faz, y digan
qué hicimos de sus diademas!

NITOCRIS

¡Ay! Esos pueblos hollados
en nuestro seno se albergan,
circulando la venganza
sorda y profunda en sus venas.
Ser como Dios, adorado
de las naciones sujetas
por sus armas, de Nabuco
fue la ambición altanera,
y desdeñó el ser querido
Baltasar su orgullo hereda,
sin que su gloria le excuse
ni sus triunfos le enaltezcan.

RABSARES

Pero tus nobles piedades,
los enconos que ponderas
aplacar saben. ¿No gozan
de tu protección excelsa
los cautivos de Judá?
Daniel, porque tú lo ordenas,
¿no es del pueblo venerado
y entre los sabios se cuenta?
¿No se abren de las prisiones
a tus mandatos las puertas,
y hasta el ciego destronado
no ha llegado tu clemencia.?

NITOCRIS

¡El corto bien que hacer pude
cuánto ya los dioses premian,
dándome el afecto puro
de un alma cual noble, tierna!
Es un tesoro, Rabsares,
de gracia y virtudes Elda.

RABSARES

Por mi consejo piadoso
hoy a tu lado se encuentra.

NITOCRIS

Sí, mi pecho agradecido
la obligación te confiesa.

RABSARES

Pues ahora depón temores,
indignos de tu alma regia,
que Baltasar se aproxima
y aquí su ministro llega.

NITOCRIS

Al encuentro de mi hijo
debo correr la primera.
(Se va por la izquierda al entrar Neregel que la saluda inclinándose
profundamente, y luego se llega a Rabsares, que le sale al encuentro.)

ESCENA II

Rabsares, Neregel.

RABSARES

¡Neregel...!

NEREGEL

¿Verá esta noche
el rey a la esclava hebrea?

RABSARES

Entre sus damas la trae
la reina.

NEREGEL

¿Y nada sospecha?

RABSARES

Pone en mí su confianza
ni aun columbra nuestra idea.

NEREGEL

¿Y es tan grande la hermosura
de esa esclava...?

RABSARES

Vas a verla:
aquí viene.

NEREGEL
Yo me aparto.

ESCENA III
Los mismos, Elda, Damas.

RABSARES
(Saliendo al encuentro de Elda.)
Recibe, joven...

ELDA
¿La reina...?

RABSARES
Recibe mis parabienes.
Con tu dicha se enajenan
corazones que tomaban,
no ha mucho, parte en tus penas.

ELDA
Gracias. Busco a mi señora.

RABSARES
Con su hijo augusto se acerca,
pues la regia comitiva
ya en estos jardines entra.
(Comienza a entrar el séquito real.)

ELDA
(A sus compañeras.)
A nuestro puesto corramos.

RABSARES
(Bajo, deteniéndola.)
No olvides, noble doncella,
que a un gesto de Baltasar
se quebrantan las cadenas
de los míseros cautivos.

ELDA
Que de Dios cumplida sea
la voluntad soberana.

ESCENA IV

Los mismos. Rubén, entre los de la comitiva, después Baltasar y Nitocris.

ELDA

(Que al ir por la izquierda a recibir a Nitocrís se encuentra con Rubén.)

¡Ah....!

RUBÉN

¡Silencio! ¡No te pierdas!

(Este corto diálogo, muy vivo y en voz baja.)

ELDA

¡Tú disfrazado...! ¡Tú aquí!

RUBÉN

Se halla en riesgo tu inocencia.

ELDA

¡Cielos...!

RUBÉN

¡Pero yo la guardo!

ELDA

Si te descubren...

RUBÉN

¡No temas!

(Hace seña a Elda de que continúe, y ella sale un instante en pos de sus compañeras, para entrar enseguida con la Reina.)

NEREGEL

(Bajo a Rabsares.)

Me parece que la esclava
y aquel hombre, con cautela
breves palabras trocaron.

RABSARES

(Sin mirar a Rubén, que se oculta entre otros.)

¡Si es en la corte extranjera!

He aquí el rey.

NEREGEL

(A las mujeres del Rey, que se agrupan al fondo.)

¡Nubes de aromas
por todo el aire se extienden,
y de sus gracias y encantos
alarde haciendo las bellas,
resuenen plácidos sonos
que ufano el eco devuelva!

(Rompe una música suave, que se supone de cítaras y otros
instrumentos que tañen las esclavas, mientras varias de ellas esparcen
perfumes y otras se adelantan con cadenciosos pasos, entrelazando
guirnaldas que al fin de la danza rinden a los pies del Rey. Baltasar entra
con su madre al comenzar el himno, atraviesa la escenay va a sentarse en el
diván dispuesto para él, ocupando Nitocris su izquierda.)

HIMNO

Deslumbra con sus rayos
la majestad suprema
que brilla en la diadema
del nieto de Nemrod
Fatigan a los vientos
los ecos de su fama;
la tierra le proclama
de Babilonia dios.
Suyo es cuanto el Eufrates
con su caudal fecunda,
cuanto el Tigris circunda,
cuanto baña el Jordán.
Los dioses le sonrén,
le adoran los amores,
y ante sus pasos flores

BALTASAR

(Con cansancio.)
¡Basta!

NEREGEL

Señor, prosternada
a tus plantas la hermosura,
benedicirá su ventura
si le das una mirada.

BALTASAR

(¡Siempre lo mismo!)

NEREGEL

Temblando
oso esperar que la fiesta

para obsequiarte dispuesta,
mires con aspecto blando, derrama la beldad.

BALTASAR

Sí..., despliegas mil primores...,
me circundas de placeres...

(Levantándose y dando con el pie a las guirnaldas extendidas ante él,
pasa sin mirarlas entre las mujeres arrodilladas, que se levantan confusas y
avergonzadas.)

¡Mas váyanse esas mujeres
y arroja de aquí estas flores!

NEREGEL

(Todo turbado.)

Perdone mi rey...

RABSARES

(Aparte.)

¡No hay medio!

BALTASAR

¡Tanto incienso me sofoca!

NEREGEL

(Balbuceante.)

Queriendo en mi audacia loca
luchar contra el hondo tedio
que sólo te causa enojos.

BALTASAR

¿Fue tu arbitrio omnipotente
el condensarme el ambiente
y el fatigarme los ojos?

NEREGEL

(Doblando una rodilla.)

Torpe soy..., que tu clemencia...

RABSARES

(También en ademán suplicante.)

Discúlpale, oh rey, su celo.

NITOCRIS

Fue complacerte su anhelo.

BALTASAR

Bien está. ¡Tendré paciencia!

mas di, Neregel, ¿no hay nada
nuevo en el mundo?

NEREGEL
Señor...

BALTASAR
¿No hay más que viejo esplendor?
¿No hay más que pompa gastada,
placeres que se acumulan
y ni aun vil antojo encienden...
hermosuras que se venden
y cortesanos que adulan?
(Todos los cortesanos confusos se miran unos a otros, y las mujeres
se desvían humilladas.)

NEREGEL
Señor...

BALTASAR
Si quieres vencer
este infecundo fastidio
contra el cual en balde lidio,
porque se encama en mi ser,
¡muéstrame un bien soberano
que el alma deba admirar,
y que no pueda alcanzar
con sólo extender la mano!
Dame, no importa a qué precio,
alguna grande pasión
que llene un gran corazón
que sólo abriga desprecio.
¡Enciende en él un deseo
de amor... o de odio y venganza!
¡Pero dame una esperanza
de toda mi fuerza empleo!
¡Dame un poder que rendir,
crímenes que cometer,
venturas que merecer
o tormentos que sufrir!.
¡Dame un placer, o un pesar
digno de esta alma infinita
que su ambición no limita
a sólo ver y gozar...!
¡Dame, en fin, cual lo soñó
mi mente en su afán profundo,

algo... más grande que el mundo,
algo... más alto que yo!

NEREGEL

Un imposible deseas.

RABSARES

No es dable, gran rey, que exista,
ni fuerza que te resista,
ni dicha que no poseas.

BALTASAR

¿Sí...? ¡Con que soy tan dichoso!

NEREGEL

¡Los inmortales te envidian!

BALTASAR

Quizá también se fastidian
de su sublime reposo.
¡Oh Neregel! Si es verdad
que el agradarme es tu intento,
¡hazme olvidar un momento
mi inmensa felicidad!
(Vuelve a sentarse.)

NITOCRIS

Pues te dieron, oh hijo mío,
tan vasto imperio los cielos,
te imponen hartos desvelos
con que llenar el vacío
de esa alma grande y ardiente.
¿Por qué, pues, se ostenta en vano,
el sacro cetro en tu mano,
la áurea corona en tu frente?

BALTASAR

¿Y qué he de hacer?

NITOCRIS

¡Gobernar!

BALTASAR

Sobran en los pueblos leyes.

NITOCRIS

Pero es deber de los reyes
el hacerlas observar.

BALTASAR

¿Y será el mundo más bueno
si ese cuidado me afana?
¿No lleva la especie humana
desorden, vicio en su seno?
¿Castigo y premio, señora,
qué bienes han producido?
¿Lo mismo que antes han sido,
no son los hombres ahora?

NITOCRIS

Pero rigiendo a esos hombres,
tus preclaros ascendientes,
se hicieron omnipotentes
y eternizaron sus nombres.

BALTASAR

(Con sarcasmo amargo.)
¡Oh...! ¡Sí...! Yo envidio su suerte,
y en esto, madre, me fundo
¡Los hizo dioses el mundo
al par que polvo la muerte!

NITOCRIS

Son sus glorias inmortales.

BALTASAR

¿Y en qué consisten sus glorias?

NITOCRIS

¡En conquistas, en victorias
que conserva en sus anales
el tiempo!

BALTASAR

Yo no haré guerra
que brinde pasto a los cuervos,
por un palmo más de tierra
y un rebaño más de siervos.

NITOCRIS

¿Mas no tiene un rey deberes...?

BALTASAR

¡Sí! Devorar su impotencia.

NITOCRIS

¿Qué mal sufres?

BALTASAR

¡La existencia!

NITOCRIS

¿No encuentras doquier placeres;
y no lo es grande, señor,
prestar consuelo al que llora?

BALTASAR

¡Soy tan dichoso, señora,
que tengo envidia al dolor!

NITOCRIS

El derramar beneficios...

BALTASAR

Se convierten en veneno
cayendo en indigno seno.

NITOCRIS

Méritos hay.

BALTASAR

Sobran vicios.

NITOCRIS

Mas es la virtud bien sumo...

BALTASAR

que no alcanzan los humanos.

NITOCRIS

Los dioses...

BALTASAR

son nombres vanos.

NITOCRIS

La gloria eternal...

BALTASAR
es humo.
NITOCRIS

(Después de una breve pausa.)
Señor, los pueblos que riges...

BALTASAR
No dirán que los oprimo.

NITOCRIS
Su admiración...

BALTASAR
No la estimo.

NITOCRIS
Con tal desdén los afliges
y excitas murmuraciones.

BALTASAR
De insectos sordos zumbidos
no llegan a mis oídos.

NITOCRIS
¡Ah...! Tu solio en riesgo pones.

BALTASAR
(Levantándose.)
¿Y qué es un solio? ¿Qué son
su pompa y brillo fulgentes,
si no remontan la mente
ni dan vida al corazón?
Yo, nacido en esta altura,
no puedo, madre, admirarla...
Gloria fuera el conquistarla;
¡su posesión no es ventura!

NITOCRIS
Recordar, aunque te asombres,
al gran Nabuco debieras.

BALTASAR
Se fue a olvidar entre fieras
la gloria de regir hombres.

NITOCRIS

Sólo decirte me resta...

BALTASAR

¡Nada más! Mi poderío
a tu excelsa mano fío.
Siga, Neregel, tu fiesta.
(Vuelve a sentarse y a caer en su apatía.)

RABSARES

(A la Reina.)
En la música descuella
toda la judaica gente;
que hoy ante el monarca ostente
su talento esa doncella.
(Indicando a Elda.)
Llega, joven; tu señora
quiere escuchar tus acentos.

NITOCRIS

(Señalando al Rey.)
Que sus tristes pensamientos
disipe tu voz sonora.

ELDA

¡Oh, reina! Excúsame pía,
pues en triste cautiverio
no hallo voz en el salterio
ni hay en mi acento armonía.

RABSARES

¡Te niegas...!

ELDA

(Con dignidad.)
Sólo las aves
divierten a su opresor,
exhalando su dolor
entre cánticos suaves.
(Baltasar la mira.)

RABSARES

¡Cómo...!

NITOCRIS

¿Qué dices...?

ELDA

¡No hay ya
para el Dios del cielo altares,
ni festejos ni cantares
para la viuda Judá!
Pende su arpa sin sonidos
del sauce de estas riberas,
do las brisas extranjeras
sólo le arrancan gemidos...
¡Que en la infausta soledad
es el llanto nuestro acento...
y alas no halla el pensamiento
en donde no hay libertad!

NEREGEL

¡Insolente...!

NITOCRIS

(Con interés.)

El rey te escucha.

BALTASAR

¡Y te manda cantar!

ELDA

¡No!

¡No puedo obedecer!

RABSARES

¡Oh!

(Bajo a ella.)

¡Te pierdes!

NEREGEL

¡Qué audacia!

(Movimiento entre los cortesanos escandalizados.)

NITOCRIS

Es mucha

tal resistencia, Elda mía.

ELDA

¡Mi pueblo gime, señora,
bajo atroz yugo!

BALTASAR

¿Y se ignora
entre esa turba judía,
que de su rey y señor
es la voz sagrada ley?

ELDA

En ti ven su vencedor,
pero no acatan su rey.

NITOCRIS

¡Elda!

RABSARES

(En voz baja y con espanto.)
¡A muerte te condenas!

NITOCRIS

(Bajo también.)
¡Cede, por los dioses!

NEREGEL

(Poniéndole el salterio en las manos)
¡Toma,
esclava, y tu orgullo doma!

ELDA

¡No hay en el mundo cadenas
que rindan la voluntad!
(Arroja el salterio. Gran agitación. Baltasar se levanta y la mira con
sorpresa, pero sin cólera.)

NEREGEL

¡Dioses...!

RABSARES

¡Infeliz...!

NITOCRIS

¡¿Qué has hecho?!
(Al Rey.)
¡Oh señor! Que halle en tu pecho
su insano arrojado piedad...

RABSARES

(También suplicante.)
Tiene a su padre en prisión

y tu indulgencia merece.

BALTASAR

(Después de mirarla un instante.)

Pedírmela no parece.

NITOCRIS

(Acercándose a Elda.)

Llega a implorar tu perdón
a sus plantas.

RABSARES

¿No te humillas...?

ELDA

Las gentes de mi creencia
sólo de Dios a presencia
deben doblar las rodillas.

NITOCRIS

(Con tono de reconvención dolorosa.)

¡Joven...!

RABSARES

(Aparte.)

¡Todo está perdido!

NEREGEL

(¡No cabe mayor exceso!)

(Pausa de general asombro y expectación.)

BALTASAR

Y su padre, que está preso,
¿qué crimen ha cometido?

ELDA

El defender su corona
que el tuyo abatió tirano.

RABSARES

¡Calla!

BALTASAR

¡Joaquín....!

NITOCRIS

Ese anciano,
a cuyo nombre aún se encona
tu odio, señor, gran castigo
tuvo ya.

ELDA

¡Con saña impía
hasta de la luz del día
lo privó vil su enemigo!

RABSARES

(Con nuevo asombro de la audacia de Elda.)
¡Qué...!

NITOCRIS

¡No más!

BALTASAR

(A Neregel.)
Sin dilación
libre quede, y de tu cuenta
corre el señalarle renta
digna de su condición.
(Sorpresa general.)

NEREGEL

¡Cómo...!

NITOCRIS

(A Rabsares.)
¡Venció la piedad!

RABSARES

(Aparte.)
¡O el amor...! ¡Logré mi idea!

ELDA

(Juntando las manos con gratitud.)
¡Ah, señor...!

BALTASAR

(A Neregel, que le mira dudoso.)
¡Cumplida sea
al punto mi voluntad!

NEREGEL

(Inclinándose.)
Te obedezco.

NITOCRIS
Y yo te pido
que tu alta venia me des
para mandar a tus pies
al anciano agradecido.
(Se va presurosa con Neregel, y la siguen sus damas.)

ELDA
¡Vamos de la reina en pos!

BALTASAR
(Deteniéndola.)
Tú no.

ELDA
Rey...

BALTASAR
Hablarle ansío.
¡Salid todos!

RUBÉN
(Que ha seguido con ansiedad toda la escena. Aparte.)
¡¡Ah!!

RABSARES
(Aparte.)
¡Ya es mío!
(A los cortesanos.)
Obedezcamos.
(Se van todos, menos Rubén.)

ELDA
(Aparte.)
¡Gran Dios!
¡Sosténme!

RUBÉN
(Aparte.)
¡Si los consejos
de la ira escucho...!

BALTASAR

¿Qué aguardas,
que en obedecerme tardas?
(Elda mira a su amante con actitud suplicante: él vacila, pero cede.)

ELDA
¡Oh!

RUBÉN
Nada...

BALTASAR
¡Sal!

RUBÉN
(Aparte.)
¡No iré lejos!

ESCENA V
Baltasar, Elda. Momento de silencio. Baltasar se sienta.

BALTASAR
Doncella de Judá, gracia has hallado
de tu rey a los ojos.

ELDA
Lo que has hecho
sabe, señor, agradecer mi pecho.

BALTASAR
Es leve muestra de mi augusto agrado.
Tu soberbia me encanta. Sí; tu acento
no deben escuchar esclavos viles,
que a tus plantas verás, como reptiles,
a una mirada mía, un movimiento.
¡Para mí solo tus cantares guarda;
para mí solo tu hermosura altiva!

ELDA
(Aparte.)
¡Qué oigo!

BALTASAR
¡Mi sangre a tu mirar se activa!
llega. Acércate más. ¿Qué te acobarda?

ELDA

¡Tal lenguaje señor...!

BALTASAR

Triunfo brillante

alcanzas hoy, y que beldad ninguna
puede pedirle osada a la fortuna.

¡Tú has conmovido un pecho de diamante!

Mira en mis ojos tu ventura escrita;
gózate en tu atractivo, que me inflama,
y corriendo, al harén leda proclama
que eres desde hoy mi esclava favorita.

ELDA

¡Yo...!

BALTASAR

Mi elección te eleva a gloria tanta.

ELDA

¡Yo en tu harén...!

BALTASAR

¡Brillarás entre millares!

¡Cesen ya, pues, los llantos y pesares
depón el ceño y la cerviz levanta!

ELDA

¡No más, señor! ¡Engañase tu mente
o no te entiendo yo! ¡Sueño sin duda!

BALTASAR

(Levantándose.)

¡Pues que el amor a despertarte acuda!

ELDA

¡Tente...!

BALTASAR

(Con asombro.)

¡Cómo!

ELDA

¡Señor! ¡Llegar no intente
tan loco amor a mí! ¡Nací judía!

BALTASAR

(Después de un momento de suspensión.)
Yo soy quien dudo si me agita un sueño.
¿No soy yo Baltasar...? ¿No soy tu dueño?

ELDA

¡Mi vida es tuya, pero mi alma es mía!

BALTASAR

¿Qué dice?
(Como alumbrado por una idea súbita. Aparte.)
¡Ah, sí; tan hábil resistencia
incentivo eficaz presta al deseo!
(A Elda.)
Gracias te doy, mujer, pues ya no veo
siempre en torno de mi muda obediencia.
¡Te miro a ti! Tu seductor desvió,
tu soberbia beldad, tu ingenio raro
Y a ningún precio me parece caro
el bien que aguarda de tu amor el mío.
¡Oh! ¡Tásalo tú misma! ¡Ten audacia!
Lo que quieras demanda, y lo prometo.

ELDA

¡Te pido, Baltasar, aquel respeto
a que tiene derecho la desgracia!
No de orgullosa mi nación se precia
y acato el cetro que tú así dispones...
pero guarda tu amor, guarda esos dones
que en su humildad mi corazón desprecia.

BALTASAR

(Más y más asombrado.)
¡Los desprecias...!

ELDA

¡Sí, rey! ¡Que si ambicionas
comprarme la virtud, que es mi tesoro,
no basta de cien mundos todo el oro,
ni son nada en tu frente mil coronas!
(Hace ademán de irse.)

BALTASAR

¡Aguarda!

ELDA

¡No! ¡No más!

BALTASAR
¡Yo te lo ordeno!

ELDA
¡Señor!

BALTASAR
(Impaciente.)
¡Ya basta! ¡Admiro la fiereza
que nuevo hechizo añade a tu belleza,
y por honrarla mi anhelar refreno,
pues me place deberle a tu albedrío
el grato triunfo cuyo precio aumenta
mas no prolongues el testón que ostentas
hasta cansar mi sufrimiento!

ELDA
(Aparte.)
¡Impío!

BALTASAR
Que ya esta lucha se termine quiero.

ELDA
¿Puedes vil abusar...?

BALTASAR
(Interrumpiéndola.)
Concedo amante
que de mi dicha escojas el instante.

ELDA
¡Eso nunca! Jamás! ¡Morir primero!

BALTASAR
(Con cólera.)
¿Nunca...? ¿Jamás...?

ELDA
¡Jamás!

BALTASAR
¿Te atreves, loca?

ELDA

¡Cumplo un deber!

BALTASAR

¡Son leyes mis antojos!

ELDA

¡Las de Dios guardo!

BALTASAR

¡Teme los enojos
que tan absurda obstinación provoca!

ELDA

¡Sólo temo el delito!

BALTASAR

¡Está en mi mano
un cetro del que tiemblan las naciones!

ELDA

¡Para rendir, señor, los corazones,
no alcanza el cetro de ningún tirano!

BALTASAR

¡Esclava...!

ELDA

¡Tu furor no me intimida,
ni tu grandeza y majestad me asombra,
que un poder ante el cual el tuyo es sombra
protege mi inocencia desvalida!

BALTASAR

(Como fuera de sí y asiéndola por un brazo.)
¿Dónde está ese poder? ¿Dónde, insensata,
que haces que en ira mi favor se mude?
¿Quién mi suprema voluntad no acata?
¿Quién a salvarte de mi antojo acude?
(Rubén se lanza entre los dos.)

ESCENA VI

Los mismos, Rubén, y luego Rabsares y cortesanos.

RUBÉN

¡Yo, déspota!

ELDA
(Aparte.)
¡Gran Dios!

RUBÉN
¡Mientras yo viva
no esperes conseguir tu indigno anhelo!

BALTASAR
(Suspenso de asombro.)
¿Quién es este demente?

ELDA
(Aparte.)
¡Justo cielo!

RUBÉN
Un hombre soy que en saña vengativa
se abrasa contra ti. Patria, opulencia,
dicha, gloria, poder..., todo arrancado
por los tuyos me fue; ¡pero he guardado
este odio que mantiene mi existencia
y amenaza la tuya!

ELDA
¡Oh! ¡Qué profieres!
(Baltasar se acerca al lado por donde salieron sus cortesanos.)

RUBÉN
¡Llama a tu corte, sí; llama, ¡cobarde!,
a esa turba de esclavos y mujeres,
haciendo entre ella de tu fuerza alarde!

ELDA
¡Rubén! ¡Piedad de mí...!

BALTASAR
(Volviendo hacía él.)
¿Quién soy ignoras?

RUBÉN
No: ¡te conozco bien! Sé que a tu frente
ciñes una diadema que desdoras
y no sabrías defender valiente.
Sé que sin gloria, sin virtud, sin brío,

cansado de ti propio, entre perfumes,
tu inútil vida cual mujer consumes,
mísera presa de infecundo hastío.
Sé que a la ley de tu capricho loco,
viendo postrado un pueblo envilecido,
la inmensa humanidad tienes en poco,
y hasta de Dios blasfemas descreído.
¡Más por él, Baltasar, reinan los reyes,
que deben ser su imagen; y es en vano
pida respeto al mundo el vil tirano
que impera sólo sobre indignas greyes!
(Mientras que pronuncia Rubén los anteriores versos, entran en la escena Rabsares y algunos
cortesanos; pero atónitos de lo que escuchan permanecen un instante suspensos.)

CORTESANOS

¡Ah!
(Lanzándose a él todos, con una exclamación de ira.)

BALTASAR

(Llevando la mano a su espada, pero deteniéndose al llegar junto a Rubén, que le presenta su
pecho.)

¡Miserable!

ELDA

(Interponiéndose.)

¡No...!

RUBÉN

¡Hierre! Cercado
de cien aceros, descargar el tuyo
puedes impunemente. ¡Desarmado
entre asesinos tantos, no les huyo!

BALTASAR

(Cuyo rostro revela el asombro que le causa su propio furor, y que se lleva la mano al pecho con
una especie de júbilo al sentir su agitación.)

¡Ah...! ¡Corazón!

RUBÉN

¿Qué dudas? ¡Hierre! Acaba
de un golpe mi existencia, pues la anima
un alma nunca de tu cetro esclava.
¡Un alma que en los hierros se sublima
como la tuya en el dosel se abate,
y que ufana al romper tu indigno yugo,
te deja en este, desigual combate,
por toda gloria el lauro de verdugo!

BALTASAR

(Con estremecimiento de cólera, y de gozo por sentirla.)

¡Oh...!

RABSARES

¡Perezca!

ELDA

¡Infeliz...!

BALTASAR

(Deteniendo las espadas que se levantan sobre la cabeza de Rubén.)

¡Nadie le toque!

(Larga pausa.)

¿Quién es este hombre?

RABSARES

Un hijo del judío

cuyas cadenas quebrantaste pío.

BALTASAR

¡Su hermano!

ELDA

¡Oh, sí! Tus iras no provoquen.

Sé piadoso, señor, pues eres fuerte.

RUBÉN

(Con tono de reconvención.)

¡Elda...!

ELDA

(Siempre suplicante.)

No mires su culpable audacia,
recuerda solamente su desgracia.

¡De todo, oh rey, lo despojó la suerte!

RUBÉN

¡No del valor y la virtud!

ELDA

Yo sola

la causa soy del criminal exceso...

Caiga en mí, pues, de tu rigor el peso.

¡Salva la suya y mi existencia inmola!

RUBÉN
¡Basta!

RABSARES
¡Señor! Tus órdenes espero.

BALTASAR
¡Esta esclava a mi harén!

ELDA
¡Ah!
(Cae desfallecida en brazos de los cortesanos, que se la llevan.)

RUBÉN
(Sacando un acero que lleva escondido bajo su disfraz de esclavo babilonio.)
¡Muerta antes!
(Al arrojarle a Elda, a quien se llevan algunos cortesanos y guardias, Baltasar te detiene asiéndole vigorosamente por el brazo. Rubén hace la siguiente exclamación, trémulo de rabia.)
¡Oh...! ¡Tiembla!

BALTASAR
(A los suyos.)
¡Salid!

RABSARES
(Con asombro y duda.)
Rey...

BALTASAR
(Con ademán imperioso.)
¡Qué salgáis quiero!
(Los cortesanos se van admirados. Rubén mismo, atónito de la acción del rey y sin acertar cuál puede ser su intención, se queda suspenso.)

ESCENA VII
Baltasar, Rubén.

RUBÉN
(Aparte).
¡Sólo conmigo... aquí!

BALTASAR
(Volviendo a él.)
Ya están distantes.

RUBÉN

¡Qué! ¿Presumes...?

BALTASAR

(Con alegría terrible.)

¡Que un hombre hallar consigo
que se me opone con rencor acerbo!

¡Mas, ay de ti, si ataco al enemigo
y tu flaqueza me descubre al siervo!

(Embiste impetuosamente a Rubén que, turbado, desprevenido, ciego por su propia ira y su asombro, es desarmado al momento.)

RUBÉN

¡Ah...!

BALTASAR

(Señalándole su acero caído.)

¡Levántalo!

RUBÉN

¡No! he aquí mi pecho.

BALTASAR

(Con desdén y envainando su espada.)

Alza tu acero, mísero insensato.

RUBÉN

(Con desesperación.)

¡Mátame! Dios te otorga ese derecho
y yo su fallo incomprensible acato.

¡Mátame!

BALTASAR

(Con ironía amarga.)

¡Ya lo ves! Ese Dios justo
que todo lo ordenó con su sapiencia
y del que debo ser remedo augusto
hizo -mostrando su alta providencia
que presa del león fuese el cordero,
del águila el milano, del milano
la paloma indefensa. El mundo entero
-¡obra estupenda de la excelsa mano!
doquier la ley te muestra inexorable,
que hace que al débil lo devore el fuerte,
al chico el grande, el rico al miserable...
¡Esto tu suerte explica, esto mi suerte!

RUBÉN

¡Aniquíflame, pues!

BALTASAR

¡No...! ¡Te perdono...

porque te debo más que le he debido

a mi grandeza, al mundo, al regio trono!

¡Aquí hallé una emoción! ¡Aquí he sentido

arder mi pecho en poderosa saña...!

¡Cuánto en ella gocé...! ¡Sí! ¡No te asombre,

pues al fin logro con ventura extraña

olvidar que soy rey, sintiéndome hombre!

¡Eres libre!

(Se va.)

ESCENA VIII

Rubén, luego Joaquín, y al final de la escena Daniel.

RUBÉN

(Con desesperación.)

¡Yo...! ¡Yo...! ¡Yo perdonado!

¡Yo vencido por él! ¡Oh postrer mengua!

¡Antes que llegue a blasfemar mí lengua

(levantándolo.)

rompe mi pecho, acero deshonorado!

(Deteniéndose.)

¡Ah...! ¡No soy dueño de mi infausta vida...

¡Dios me la dio... y aunque al honor no cuadre,

él quiere que la arrastre envilecida!

¡Mas no puedo, Señor!

JOAQUÍN

(Dentro.)

Rubén...

RUBÉN

¡Mi padre!

JOAQUÍN

(Saliendo a la escena.)

A este lugar un hombre me conduce

por orden de la reina, y se me anuncia

que nuestra gracia Baltasar pronuncia.

¡Rubén...! ¡Elda...! ¡Venid! Si no seduce

un sueño mis sentidos...

RUBÉN

¡Padre...!

JOAQUÍN

¡Oh hijo!

Que Elda llegue también... que llegue presto,
bendiciendo al Señor, pues ha dispuesto
trocar la desventura en regocijo.

¿En dónde, en dónde está?

RUBÉN

(Aparte.)

¡Cielos!

JOAQUÍN

¡Qué...! ¿Callas...?

¿Y tu mano temblar siento en la mía?

RUBÉN

(Aparte.)

¡Mísero corazón! ¿Por qué no estallas?

JOAQUÍN

¿Rubén...? ¡Habla, Por Dios! ¡Ve mi agonía!

¿Tu esposa dónde está...?

RUBÉN

¡Cesa!

JOAQUÍN

(Con grande agitación.)

¡Inhumano!

¡No quieres responder! ¡Oh hija adorada!

¡Yo te sabré buscar...!

RUBÉN

(Con desesperación.)

¡Búscala, anciano,

y la hallarás perdida, mancillada!

JOAQUÍN

¡Ella...! ¿Y lo dices tú...?

RUBÉN

¡Yo, miserable,

que mi vergüenza aquí gimo impotente!
¡Yo que a la faz del cielo inexorable,
que ni aun la muerte a mi dolor consiente,
pondré a mi suerte ignominiosa el sello,
pues su presa dejando al enemigo,
la espada vil que empuño y que maldigo
lanzo con risa y con desdén la huella!
(Lo hace, y cae como ahogado por la desesperación sobre un banco.)

JOAQUÍN

¿Y ella en tanto...? ¡No! ¡No! Mis nobles canas
corro a humillar ante el raptor infame,
gritando sin cesar: A mi hija dame!»
(Con trágica transición.)
¡Pero si no me escucha...! ¡Si son vanas
para el cruel las súplicas paternas...!
¡Si ve correr con ojos despiadados
lágrimas de estos ojos, condenados
a encontrar por doquier sombras eternas...
Entonces, ¡ah!, con mi dolor por guía,
sabré encontrar su corazón de acero...
¡Esa espada...! ¡Esa espada...!
(Buscándola a tientas.)
¡Ah! ¡Sí! ¡Ya es mía!
¡Ahora un rayo de luz, Dios justiciero!
(Se lleva la mano a los ojos, como queriendo arrancar el velo sempiterno que los cubre, y dice
con voz sombría:)
¡Nunca..! ¡Noche profunda! ¡Noche horrenda!,
que el odio mismo a iluminar no alcanza...!
(Con resolución.)
¡Ah! ¡No me detendrás! ¡Yo hallaré senda...!
(Busca salida con pasos vacilantes y extendidas sus trémulas manos.)

DANIEL

(Saliéndole al encuentro, y deteniéndole.)
¡No! Sólo a Dios le toca la venganza!
(Joaquín cae de rodillas soltando el acero a los pies del profeta.)

ACTO TERCERO

Salón del harén, decorado al estilo, oriental. Puertas grandes al foro, vasto vestíbulo, al que se sube por algunas gradas, y cuyo fondo se abre sobre una plaza desde la cual se lanzará el pueblo, al fin del acto. Es de mañana.

ESCENA I

Neregel, Rabsares, ambos entrando por el foro.

NEREGEL

Sí, Rabsares, de tus planes
casi a espantarme comienzo.

RABSARES

¿Por qué?

NEREGEL

La raza judía
desde la cuna detesto,
y el influjo de esa esclava
que escogiste, poco cuerdo,
pudiera en vez de servimos
ser para entrambos funesto.

RABSARES

Deliras. Ya de este harén
Baltasar me dio el gobierno,
y soy de la hermosa hebrea
fiel custodio y consejero.

NEREGEL

¿Seguro estás que si logra,
cual anhelas, valimiento,
obre en pro de nuestras miras
y no más bien de su pueblo
en beneficio?

RABSARES

¿Y qué osaran,
Neregel, seres abyectos?
Los honras con tus temores.

NEREGEL

Columbro que tu desprecio
favorecerles podría.
Muy recientes pruebas tengo
de la audacia de esos hombres
que no han domado los hierros,
y que hoy el rey los conozca
y los castigue pretendo.

RABSARES

Cuidado no perjudiques

a nuestros fines con ello.
Al más temible enemigo,
al obstáculo perpetuo
de nuestra noble ambición
sólo en Nitocris contemplo,
y aunque el mundo se aprestase
a disputamos el cetro
que de sus manos tenaces
arrancar nos proponemos,
conseguir este alto triunfo
es, Neregel, lo primero.

NEREGEL

Te diré, por que te asombres,
que, según dicen y observo,
la insensata israelita
tenaz resiste a su dueño.

RABSARES

Lo sé con júbilo grande.

NEREGEL

¡Cómo...!

RABSARES

Poderoso y nuevo
tiene que ser el estímulo
que excite el ánimo regio.

NEREGEL

¿Con que tú das por seguro...?

RABSARES

Que si aún nos queda algún medio
de encender a Baltasar
un interés, un deseo,
en la salvaje virtud
de esa mujer lo tenemos.

NEREGEL

¿Mas presumes que el rey sufra...?

RABSARES

¡Oh, Neregel! Lo estás viendo.
Lo que era fugaz capricho,
que muriera satisfecho,

adquiere día en día
carácter de sentimiento.
El rey sufre las repulsas,
que le parecen un sueño,
ya impaciente, ya gozoso
con encontrar tal portento.
No temas, no, que le canse
la lucha que pone en juego
profundas fibras de su alma
con rudo sacudimiento.

NEREGEL

Mas di, ¿no has mirado un río
correr con mudo sosiego
mientras que a su fácil curso
dócil se presta el terreno,
y que si obstáculos halla
que le resistan soberbios,
se irrita, agolpa sus ondas,
las encrespa con estruendo,
y en cascadas espumantes
se precipita violento?

RABSARES

¿Recelas?

NEREGEL

¡Que acaso un día
los dos a sentir lleguemos
haber sacado al monarca
de su inercia!

RABSARES

Yo estoy cierto
que en los brazos del placer,
lo mismo que en los del tedio,
se adormirá el soberano
dejando rodar su cetro.

NEREGEL

¿Y sabe ya que un rival...?

RABSARES

¡No, jamás! Fueran los celos
un agujón harto rudo
para un rey: yo lo desecho.

Padre llaman a Joaquín
Elda y su esposo: recelos
no ha concebido el monarca
del que juzga amor fraterno.

NEREGEL
Pero si ella del engaño
le saca...

RABSARES
Condensa el velo,
porque la hago comprender
que el perdón de sus excesos
debe Rubén a ese error
que desarma al juez excelso.

NEREGEL
Quizás Nitocris...

RABSARES
Los ama,
y fiel guardará el secreto;
además que al vil marido
desaparecer harás presto.

NEREGEL
Baltasar llega. En su rostro
nueva luz brilla. Te dejo
que le hables de sus amores
antes que yo del imperio.
(Se va.)

ESCENA II
Baltasar, Rabsares.

RABSARES
(Observando al Rey que entra.)
¡Triunfamos! Gran rey...

BALTASAR
¡Rabsares!
¿Ves cuán brillante y sereno,
cuán puro se ostenta el día?

RABSARES

Sí, señor.

BALTASAR

(Acercándose a una ventana.)

Del firmamento
nunca ese campo infinito
fue tan hermoso.

RABSARES

Lo advierto.

Al ver de tu faz sagrada
templarse el adusto ceño,
se aumentan del sol las luces
y se alegra el mismo cielo.

BALTASAR

¿Y la atmósfera...? ¿No sientes
que aquellos vapores densos
se truecan en auras tibias,
donde se exhala el aliento
fácil, libre?

RABSARES

Sí, gran rey.

BALTASAR

¡Oh! Parece que despierto
de un larguísimo letargo.
Parece que el universo,
que en negras brumas yacía,
renovado se alza y bello.
¡Parece que vida ardiente
circula por su ancho seno,
y que al calor poderoso
yo también, yo me renuevo!

RABSARES

(Con regocijo.)

¡Ah...!

BALTASAR

No hay duda el pecho mío
sacude su enorme peso...
Y palpita... ¡Oh! ¡Sí! ¡Palpita...!
¡Yo vivo al fin! ¡Yo deseo!
¡Yo columbro, oh, esperanza,

tus horizontes inmensos!

RABSARES

¡Bendigo a los altos dioses!

BALTASAR

(Hablando como consigo mismo.)

¡Pero qué extraño misterio!

Me confunde. Los dos seres

más débiles, más abyectos,

que muestra en su extensa escala

la humanidad que desprecio,

¿cómo han logrado la gloria

de agitar mi augusto pecho,

despertando en él impulsos

de que me asombro..., y me alegro?

¡Una mujer y un esclavo

me han resistido...! ¡Yo siento

que hay un poder que rendir...

en una mujer y un siervo!

RABSARES

Si en ello gozas...

BALTASAR

¡Sí! Gozo

un placer grande, supremo,

al saber que guarda el mundo,

del que soy infeliz dueño,

dos voluntades, dos almas

que no rindo con un gesto;

que por raras las codicio,

que por fuertes las respeto.

¡Siento un placer inefable

al comprender que amar puedo,

que demostrarlo ambiciono

y que ser amado espero!

Sí, Rabsares, cien provincias

diera por este momento

en que repito asombrado

«¡Yo soy hombre! ¡Yo deseo!».

RABSARES

Puesto que a Rubén perdonas...

BALTASAR

Que aquí le traigas te ordeno
con su padre.

RABSARES

¡A tu harén sacro!
Nunca hollaron extranjeros,
señor, sus altos umbrales...
Nunca se vio...

BALTASAR

¡Yo lo quiero!

RABSARES

(Turbado.)

Gran rey...

BALTASAR

Desde hoy, de estos sitios
que habitaba el servil miedo,
para siempre la opresión
de indignos usos destierro.
¡Elda aquí reina! ¡Ella sola!
¡Que a cuanto dicte su acento
todos se postren sumisos!
¡Que huya el terror, que huya lejos
de estos muros venturosos,
donde el amor hallar debo!

RABSARES

Son tus palabras augustas
leyes santas que venero;
pero pensaba, señor,
que con hablar a sus deudos,
la beldad que te resiste
cobrará mayor denuedo.

BALTASAR

¿Por qué?

RABSARES

No ignoras que son
fanáticos con extremo
los insensatos cautivos,
y que tienen por precepto
divino, el no contraer
ningún vínculo o empeño
que nosotros, los que al Dios

que adoran desconocemos.
¿Qué harán, pues, sino aumentar
los terrores de un ser tierno,
que aún se niega a tus bondades,
porque en ti contempla inquieto
del Dios a quien teme tanto
un enemigo sangriento?
Deja a esa niña privada
de todo auxilio y consejo
en la soledad tranquila,
y verás en breve tiempo
que al yugo que ahora rehúsa
se rinde dócil su cuello,
quedando tanta hermosura
de tus antojos trofeo.

BALTASAR

¿Qué importa una mujer más?
¡Yo aspiro, a un alma, no a un cuerpo!
Vengan su padre y su hermano.

RABSARES

(¡Perdido soy!.) Te obedezco.
(Al salir, se encuentra con Neregel que entra, y le dice, bajo, lo siguiente:)
Di en contra de los judíos
cuanto sepas.

NEREGEL

A eso vengo.

ESCENA III

Baltasar, Neregel.

(Deteniendo al Rey en el momento en que va a entrar al interior del harén.)

NEREGEL

Señor...

BALTASAR

¿Qué ocurre?

NEREGEL

En alarmas
se agita medroso el pueblo.

BALTASAR

¿Por qué?

NEREGEL

Se dice que Ciro,
coligado con los medos
y otras naciones de Oriente,
con grande orden y silencio
se dirige a Babilonia.

BALTASAR

¿Y a mí con absurdos cuentos
me vienes?

NEREGEL

Son los cautivos
la causa de cuanto expreso.

BALTASAR

¿Los cautivos...?

NEREGEL

Que aseguran
-¡de decirlo me avergüenzo!-
que existen no sé qué libros,
que guardan con sumo aprecio,
y en los que claro se anuncia
la destrucción de tu reino.
Con tales voces la plebe
se altera loca, y sospecho
que exaltan su espanto y saña
los sátrapas descontentos.

BALTASAR

Sueñan todos; despertarlos
basta, Neregel.

NEREGEL

¿Qué medios...?

BALTASAR

Que en mi palacio esta noche
se sirva banquete espléndido,
en que olviden sus intrigas
los sátrapas turbulentos,
y al pueblo impónle mañana...

NEREGEL

¿Qué cosa?

BALTASAR

Un tributo nuevo.

NEREGEL

Dicta también la sentencia
de los cautivos malévolos,
Tu mandato aguardo.

BALTASAR

Dime:

¿cuántos dioses tienen templo
en Babilonia?

NEREGEL

¡Son tantos...!

El más suntuoso está a Belo
consagrado.

BALTASAR

Sí, tesoros
costó, si mal no recuerdo.
Tesoros que a duras penas
cien provincias reunieron.

NEREGEL

Es verdad.

BALTASAR

Y a menor coste
a ese Dios de los hebreos
pueden alzársele altares
que los dejen satisfechos.

NEREGEL

(Retrocediendo con espanto.)

¡Cómo, señor...! ¿Prestas fe
a ese Dios del extranjero?

BALTASAR

(Con ironía burlona.)

¡Oh! ¡Muy grande! No lo dudes.
¡Tanta fe..., como a los nuestros!

NEREGEL

¡Señor...! No sé qué decirte...
Más de cien dioses tenemos.

BALTASAR

Pues con tener ciento y uno
no habéis de aumentar el peso.

NEREGEL

A ese Dios de los judíos
tus inmortales abuelos
guerra eterna le juraron.

BALTASAR

Se mostraron asaz necios
mis abuelos inmortales.

NEREGEL

Yo te suplico...

BALTASAR

¡Yo ordeno
que el Dios de mi bella esclava
con vuestros dioses caldeos
se asocie desde este día!
Ve a publicar el decreto.

NEREGEL

(Aparte.)
¡Que horror!
(Se va.)

BALTASAR

(Mirando dentro.)
¡Es ella...! ¡Aquí llega!
¡Su triunfo verá perfecto!

ESCENA IV

Baltasar, Elda.

ELDA

No excite, señor, tu enojo,
si de inquietud devorada,
sin ser por tu voz llamada
vengo y a tus pies me arrojo.

BALTASAR
(Impidiéndoselo.)
¿Qué temes?

ELDA
Desde esas rejas
correr he visto a la plaza
a un pueblo que no disfraza
la injusticia de sus quejas,
y que con sordos baldones
maldiciendo a los judíos,
a sus rencores impíos
te piden los abandonos.

BALTASAR
No; depón toda inquietud,
pues cuantos te son amados
serán objetos sagrados
para esa vil multitud.

ELDA
¿Lo prometes...?

BALTASAR
Te lo juro,
por el gran bien que me has hecho.

ELDA
¡Yo, señor!

BALTASAR
Toca este pecho,
que en un ambiente más puro
ya comienza a respirar,
y que de la muerte el frío
guardaba en su hondo vacío,
cansado de despreciar.
Dime si tu juicio alcanza
lo que es el mal inclemente,
que luz le niega a la mente
y al corazón esperanza,
Que sofoca el sentimiento
y a los sentidos embarga...,
que hace la vida una carga
y un azote el pensamiento.

Dime si ves la luz nueva
que absorta mi alma columbra...
¡Todo a mi vista se alumbra!
¡Todo a mi mente se eleva!

ELDA
Rey...

BALTASAR
¿Qué cosa negar puedo
a la que me hace sentir...?
Cuanto imagines pedir,
otro tanto te concedo.

ELDA
Si la eterna gratitud
de esta esclava reverente...

BALTASAR
¡Dame un alma libre, ardiente...!
No me hables de esclavitud.

ELDA
(Aparte.)
¡Cielos!

BALTASAR
Si no me haces don
de ese bien que yo ambiciono,
¡qué fuera en mi yermo trono
del mundo la posesión!

ELDA
En ese mundo los hados
te dieron gloria y poder...

BALTASAR
Que yo desdeño ejercer
sobre seres degradados.

ELDA
¡Hazte amar! Pues tú lo puedes,
caiga, señor, de tus manos
la dicha de los humanos...
¡No ingrato los desheredes!
¡Si el mando te causa hastío,

si no hay placer que te cuadre,
sé de cien pueblos el padre,
y de tu pecho el vacío
llenará su amor inmenso!

BALTASAR

(Con sorpresa de lo que oye)

¿Su amor...?

ELDA

Ciegos tus mayores,
fueron del mundo opresores...
Hasta de Dios el incienso
su soberbia usurpó loca,
maldiciendo su impiedad
la doliente humanidad.
Enaltecer hoy te toca
su cetro, ¡oh rey! ¡De esas greyes
que envileció el egoísmo
haz hombres! ¡Como a Dios mismo
te aclamarán rey de reyes!

BALTASAR

Viertes extrañas ideas
de las que me encuentro ajeno...
pero concibo que es bueno
cuanto dices y deseas:
pues si este ser descreído
puede al cabo creer y amar,
tú sola le has de alcanzar
aquel cambio apetecido.
Tú, que pruebas que una esclava
le puede dar dicha a un rey...,
pues los iguala una ley
del amor que yo ignoraba.
¡Oh sí! ¡Que me sienta amado
por esa alma noble y pura,
que te deba la ventura
que ni aun en sueño he gozado;
y entonces, ¡yo lo afianzo!,
todo a ella se lo concedo;
todo por ella lo puedo;
¡todo con ella lo alcanzo!

ELDA

¡Ah señor, la virtud sola
nos da ventura eminente,

y hoy puede brillar tu frente
con su sagrada aureola!
Hoy que Dios en su bondad,
por este ser imperfecto,
le muestra a tu ánimo recto
que es noble la humanidad,
muéstranos tú que eres digno
de regirla, ¡oh Baltasar!
No te dejes dominar
por un influjo maligno.
No en rara contradicción,
mientras me oprimes tirano,
me pidas con ruego insano
de un alma libre alto don.
Ni olvides que la que aquí
gime en perenne vigilia,
del seno de su familia
se ve arrancada por ti.
¡Que ve a su Dios sin altares,
su ley santa escarnecida,
su nación envilecida
y a sus deudos sin hogares!

BALTASAR

Lo que anhelo de ti amante
ya lo has podido entender;
lo que por ti quiero hacer
voy a mostrarlo al instante.

ELDA

¿Qué...?

BALTASAR

Cautiva no eres ya.

ELDA

¡Qué dices...!

BALTASAR

Goza tu gloria.

ELDA

¿Me anuncias...?

BALTASAR

¡Alta victoria!

ELDA

¿Puedo esperar...?

BALTASAR

¡Mira!

ELDA

¡¡Ah!!

(La puerta se abre, y aparecen Joaquín y Rubén retirándose Rabsares, que los conduce. También deja la escena Baltasar en el momento de arrojarse Elda en brazos de su padre.)

ESCENA V

Elda, Joaquín, Rubén.

ELDA

(Llevándolo hacia el proscenio, mientras Rubén, pensativo y sombrío, permanece a alguna distancia.)

¡Padre mío...!

JOAQUÍN

¡Hija adorada!

¿No es sueño...? Que otra vez toque tu cabeza... ¡Oh sí, es mi hija!

¡Dios quiere que la recobre!

ELDA

¡Sí, padre, sí! ¡Rubén...!

(Tendiéndole la mano y yendo hacia él.)

RUBÉN

¡Tente!

¿De esposa el sagrado nombre aún puedo darte?

ELDA

(Con dignidad.)

¡Yo existo!

RUBÉN

(Cayendo a sus pies y besando sus manos con transporte.)

¡Perdón!

ELDA

¡Rubén!

JOAQUÍN

No prolongues
mi inquietud: ¡cuéntalo todo!

RUBÉN

Lo adivino: índole noble
tiene el rey; no es inclemente.
Volverme, padre, dispone
mi tesoro. Di: ¿no es cierto?

ELDA

¡Quiero que tu triunfo goces,
hace un instante decía,
y tu ventura coronas!

JOAQUÍN

¿Quién duda...? Si aquí nos llama
y en nuestros brazos te pone,
¿podiera ser para luego
arrancarte de ellos?

RUBÉN

¿Dónde,
dónde está...? ¡Que yo a sus plantas
lleno de gozo me arroje...!

ELDA

Dejamos en libertad
quiso sin duda. ¡Mas oye!
Son sus pasos: ¡viene!

JOAQUÍN

¡Oh, Dios!
¡Cólmale de bendiciones!

RUBÉN

Y tú, corazón soberbio,
sofoca ya tus rencores.

ESCENA VI

Los mismos, Baltasar. Éste sale con un escrito en la mano, empiezan a oírse algunos rumores.
del pueblo, que se agolpa en la plaza.

BALTASAR

(A Rubén, que se adelanta y dobla una rodilla ante él.)

Si no consiente el destino
que el cordero al león postre,
también hizo generoso
al fiero rey de los bosques.
(Le levanta.)

RUBÉN

Oh señor, mi gratitud...

BALTASAR

Que lo pasado se borre.
Sólo recordar me place
que entre esclavos hallé un hombre,
y lo hago desde este día,
como a él sólo corresponde,
de mis reinos el segundo
y el primero de mi corte.
¡Toma!
(Le da el escrito.)

RUBÉN

¡Señor...!

BALTASAR

Tú, Joaquín,
tranquila morada escoge,
en la que de tantos años
de duras penas reposes,
y allí donde te fijares
yo haré que todo te sobre.

JOAQUÍN

¡Nada en el mundo deseo
como mis hijos me otorgues!
Con ellos me das la dicha,
y sus pasados dolores
olvida el pecho.

RUBÉN

Sí, rey;
aunque mi acento me ahogue
por la emoción, con mi padre
te ruego, que no nos honres
con tal exceso. Una choza

escondida entre los montes
de la Patria, bajo el cielo
que cubre de mis mayores
las venerables cenizas;
un hogar humilde y pobre
con los objetos queridos;
nada más hay que ambicionen
tus cautivos desgraciados,
que bendecirán tu nombre
si esos bienes les permites.

JOAQUÍN

¡Dios hay que te galardone!

ELDA

¡Yo te lo pido también,
señor! ¡De tres corazones
conquistaste afecto eterno!
(Se aumentan los rumores de afuera.)

JOAQUÍN

Llegan aquí los clamores
de tu pueblo, que nos odia.
No más su saña provoque
nuestra presencia: concede
-¡y Dios de glorias te colme!-,
¡concede que al suelo patrio
los tristes cautivos tomen!

BALTASAR

(Que escucha con sorpresa e indignación los lejanos alaridos del pueblo.)
¡Aguardad!
(Se levanta al encuentro de Neregel, que viene hacia él.)

ESCENA VII

Los mismos, Neregel.

NEREGEL

Señor...

BALTASAR

¿Qué causa
hace que así se alborote
la muchedumbre?

NEREGEL

Señor,
fue siempre adicta a sus dioses,
y con rancos alaridos
tu fatal decreto acoge.

BALTASAR

¿Se atreve...?

NEREGEL

Su saña aumenta
al saber que aquí se esconden
esos dos hombres audaces,
y al no ignorar que el más joven
contra tu agusto decoro
cometió crimen enorme.

ELDA

(Acercándose a su esposo como para protegerlo contra el furor que se anuncia.)
¡Rubén...!

JOAQUÍN

¡Oh, Dios...!

NEREGEL

Ya lo escuchas.
¡Su sangre te pide a voces!

JOAQUÍN

¡Su sangre...!

BALTASAR

¡Francas al punto
queden las puertas!

NEREGEL

(Dudoso.)
¿Dispones...?

BALTASAR

¡Que el pueblo penetre aquí!
(Se va Neregel dejando abiertas las puertas del fondo, por las que se ve pronto a la multitud
invadir el vestíbulo.)

ELDA

(Llegándose a él inquieta.)
¡Señor...!

BALTASAR

¡Que a tus pies se postre,
y en una virgen judía
a mi regia esposa adore!

JOAQUÍN

¡Elda!

RUBÉN

(Aparte.)

¡Qué ha dicho!

ELDA

(Aparte.)

¡Dios bueno!

BALTASAR

¡Hoy con nuevos resplandores
de Semíramis el manto
quiero, esclava, que te adorne!

ELDA

¡Ah...!

JOAQUÍN

¡Señor! ¡Es imposible!

RUBÉN

¡Qué! ¿Son estos tus favores?
¿Con ellos quieres pagarme
mi mujer...?

BALTASAR

(Suspenso y atónito.)

¡Cómo...!

RUBÉN

¡Recoge
el precio infame!
(Rasga y arroja el escrito que le dio Baltasar.)

BALTASAR

¡Tú...! ¡Tú...!

JOAQUÍN

¡Señor! No pienso que ignores
que tiene esposo.

RUBÉN

¡Yo! ¡Sí!

¡Yo que no gozo en el orbe
de otra gloria, otra ventura,
otro bien! ¡No me despojes
de ese amor que es mi universo!
¡No de un mísero te apropiés
la única, la postrer prenda,
tú, colmado de los dones
del cielo!

BALTASAR

(Inmóvil y con voz sorda.)
¡No son hermanos...!

ELDA

Se opusieron mis temores
a que esa verdad, señor,
te confesara. Perdona
tu compasión mi flaqueza.
¡Mi llanto a tus plantas corre!

JOAQUÍN

(Cayendo a los pies del Rey.)
¡Sé grande, rey Baltasar!
¡No tus promesas revoques!

RUBÉN

(Lo mismo.)

No quebrante tu justicia
la pasión al primer choque,
pues del déspota al instinto
tu propio instinto se opone.

BALTASAR

¡No son hermanos...! ¡Mentían!
¡Y yo encontrar pechos nobles
pensé iluso...! ¡La verdad
yo quise hallar en los hombres!
(Suelta una carcajada convulsiva.)

RUBÉN

(Poniéndose en pie, lo mismo que Elda y Joaquín.)

¡Rey...!

JOAQUÍN
Yo tiemblo.

BALTASAR
(Con sarcasmo acerbo.)
¡Y aún me piden
que yo su triunfo corone,
y que el siervo y la mujer
de mi impotencia se mofen!

ELDA
¡Oh! ¡No! ¡Te pido justicia!
¡Te pido mi esposo, en nombre
de la virtud, de tu gloria,
de Dios!

BALTASAR
(Arrojándola en brazos de sus soldados.)
¡Vuelve a tus prisiones,
sierva vil! ¡Que entre esas greyes
tu cuello al yugo se doble,
y me vengue tu vergüenza
de mis locas ilusiones!

JOAQUÍN
(Queriendo defender a su hija que se lleva la guardia.)
¡No, bárbaro!

RUBÉN
¡Mi cadáver
has de hollar antes de que oses
cumplir tu amenaza impía!
(El pueblo invade el vestíbulo en este instante, y se agolpa con sordos murmullos en las gradas
que separan a aquél del salón de la escena.)

ELDA
(Luchando desesperadamente con los que quieren llevársela.)
¡Oh señor! ¡No te deshonres
ante ese pueblo que riges
y que aquí llega!

RUBÉN
(Entre Elda y el Rey.)
¡No agotes

de un infeliz la paciencia!

BALTASAR

(Fuera de sí.)

¡Una presa tus furores

me piden, pueblo! ¡Ahí la tienes!

(Arroja a Rubén entre el populacho, que lo recibe rugiendo, y deja la escena el Rey precipitadamente.)

ELDA

¡Cielos!

JOAQUÍN

¡No...!

RUBÉN

¡Turbas feroces!

¡Soltad!

JOAQUÍN

¡Mis hijos...!

ELDA

¡Mi esposo!

¡Gracia! ¡Perdón! ¡Ah!

(Se la llevan sin sentido.)

NEREGEL

¡Destrocen

vuestras manos a ese infame,

y que a la plaza se arrojen

sus restos sangrientos!

VOCES

(Del populacho, que se ha posesionado de la víctima y la arrastra al vestíbulo.)

¡Muera!

RUBÉN

¡Padre...!

JOAQUÍN

(Yendo hacia él, pero cayendo desfallecido en medio de la escena, mientras aparece la Reina y corre en defensa de la víctima.)

¡Yo con él...! ¡Yo...!

NITOCRIS

¡Dioses...!

ACTO CUARTO

Salón del banquete, adornado con magnificencia y resplandeciente de luces. Un diván, que ocupará el Rey al levantarse el telón. Gran mesa semicircular, preparada para la cena. Pebeteros de oro y plata. Este salón está separado del terrado por un orden de columnas, y después de ellas se ven las estatuas y fuentes de aquel jardín aéreo, que sirve de fondo a la escena. De vez en cuando, siniestra luz de relámpagos, en la distancia.

ESCENA I

Baltasar, Nitocris. El primero, echado en el diván, parece entregado a sombría cavilación, y se estremece, como despertando de un sueño penoso, a las primeras palabras de la Reina, que entra en la escena al levantarse el telón, y se le aproxima lentamente en silencio, hasta ponerse a sus pies.

NITOCRIS

Señor, vengo a devolverte
este sello soberano
que me dio tu excelsa mano.

BALTASAR

¿Por qué causa?

NITOCRIS

(Levantándose.)

¡Te la advierte
mi dolor! Con esta prenda
-declarártelo no temo-,
quise en instante supremo
impedir victoria horrenda
de un populacho cobarde...
¡Oh sí! Con angustia inmensa,
de la víctima en defensa
corrí llegué... ¡Ya era tarde!

BALTASAR

(Apartando la vista.)

Bien... ¡No más!

NITOCRIS

Desde este día
renuncio a todo poder...
Que el que empiezas a ejercer
te aplauda la turba impía
que el triunfo odioso pregona,

y que al cebarse en su presa,
con su sangre dejó impresa
negra mancha en tu corona.

BALTASAR

¡Señora...!

NITOCRIS

(Dándole el sello real.)

Ten. Yo esperaba
que en premio de mis desvelos
me concediesen los cielos
un cambio que ambicionaba.
Que tu letargo fatal
sacudiendo al fin brioso,
te alzaras grande y glorioso,
de este pecho maternal
remontando la ufanía
con gloria del cetro augusto,
y dando, monarca justo,
ventura a tus pueblos.

BALTASAR

Fía

de tus dioses al poder
esa misión singular,
porque yo no alcanzo a dar
lo que no alcanzo a tener.
¡La dicha...! ¡Fantasma vano
que sigue loco el mortal...!
¡Nada hay cierto sino el mal!
¡Sólo el dolor no es arcano!
¡Yo también, también, señora,
(levantándose)
pude en un vértigo extraño
concebir, para mi daño,
una esperanza traidora...!

NITOCRIS

¡Oh Baltasar...!

BALTASAR

(Con desaliento doloroso.)

Humo leve,
que pasa sin dejar huella,
fue todo. ¡Volóse aquella
ilusión de un sueño breve!

¡Volóse...! Volví a caer
en esta tierra maldita
donde todo se marchita,
donde es sarcasmo el placer.
Tomo a escuchar ese acento
que la esperanza prohíbe
y que mi odio percibe
en cada soplo del viento.
¡Ese acento que aquí gira,
que en todas partes murmura:
no hay amor, verdad, ventura...
todo es miseria y mentira!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡Desdichado!

BALTASAR

¡Esa voz triste
que no permite alegría,
se envuelve en la noche umbría,
con la luz del sol se viste,
de aquella turba la calma,
del otro el brillo sereno,
y ecos arranca del seno
del universo y del alma!

NITOCRIS

¿Quieres...?

BALTASAR

(Con sordo acento.)

¡Quiero que la apague
con su bullicio la orgía
o el mundo con su agonía!

NITOCRIS

¡Ah...!

BALTASAR

¿Qué importa? Que no vague
esa voz en mis oídos,
y me serán gratos sonos
blasfemias y maldiciones,
carcajadas o gemidos.

NITOCRIS

¡Ah señor! Si no existieran
amor, virtud, fe constante,
¡otra suerte en este instante
dos nobles seres tuvieran!
Mas tú, que de despreciar
cansada tu alma sentías,
odiaste lo que debías
por su grandeza admirar...
Tú, por rara y fatal ley
que hace que el juicio se asombre,
lo que buscabas como hombre
lo has hollado como rey.
¡Quizá sea la expiación
de aquella soberbia loca,
que encuentre en el bien que toca
tormento tu corazón...!
¡Y que del hombre ultrajado
no comprendas el valor,
sino sintiendo el dolor
de no verte nunca amado!

BALTASAR

¡Pues bien! ¡Si al infausto trono
no ha de llegar la esperanza,
si el ser más mísero alcanza
lo que yo en balde ambiciono,
si es de los reyes herencia
la soledad de esta cumbre,
do no hay un astro que alumbré
las sombras de la existencia
quiero, con negro egoísmo,
que este poder infecundo
pese, señora, en el mundo
tan rudo como en mí mismo!
¡Vete! ¡Quizá logre al fin
de monarca digna palma!
(Con ironía severa.)
¡Quizás me conforte el alma
la crápula del festín!
Hónralo con tu presencia,
y de eso sólo te cuida.
(Se deja caer en el diván.)
NITOCRIS
(Con tristeza.)
Será, señor, complacida

tu voluntad.

(Se va y Neregel aparece al mismo tiempo por otra puerta.)

ESCENA II

Baltasar, Neregel.

NEREGEL

(¡Qué insolencia!)

Señor, se empeña en hablarte

Daniel, el mago cautivo.

BALTASAR

¿Para qué?

NEREGEL

Quizá la esclava

reclame, de quien es tío;

y tal se encuentra esa joven,

que a indicarte me decido

no pierdes nada en perderla.

BALTASAR

Explícate más.

NEREGEL

Su juicio

padece horrible trastorno.

BALTASAR

¡Cómo!

NEREGEL

En constante delirio,

tan pronto quiere escaparse,

mostrando vehemente ahínco,

para implorar tu clemencia

por el esposo en peligro;

tan pronto, de otros recuerdos

su corazón oprimido,

la frente oculta en el polvo,

y con frenéticos gritos

divulga...

BALTASAR

¡Basta!

(Levantándose.)
El banquete
ya debe estar prevenido

NEREGEL
Toda tu corte brillante
aguarda ya.

BALTASAR
Necesito
cercarme de orgullo necio,
de estúpido regocijo.
(Con exaltación dolorosa.)
¡Que brille mi pompa regia;
que el ambiente que respiro
de perfumes que den vértigos
se impregne: que salte el vino
en cincelados metales:
que del placer al bullicio
uniéndose la embriaguez
me haga olvidar de mí mismo!

NEREGEL
Se cumplirá cuanto ordenas.
(Se va.)

ESCENA III
Baltasar, luego Daniel, luego Neregel y guardias.

BALTASAR
(Con sarcasmo.)
¡Está loca...! ¡Oh quebradizo
barro, que al choque primero
(entra Daniel a espaldas del Rey.)
quiebra, destroza el destino...!
¡Huye lejos, compasión!
¡Todo afecto es desvarío!
(Va a dejar la escena y le sale al encuentro Daniel.)

DANIEL
Soy Daniel, rey Baltasar.

BALTASAR
(Retrocediendo.)
¿Qué es lo que quieres? Me han dicho

que eres un mago eminente.

DANIEL

Te engañaron: yo no estimo
la ciencia de tus caldeos.

BALTASAR

Que la superas colijo
con la tuya.

DANIEL

No soy sabio.

BALTASAR

¿Pues por qué extraño artificio
has logrado parecerlo?

DANIEL

Cual eco humilde repito
voz de suprema verdad...
¡que es la que aquí te dirijo!

BALTASAR

¿Cómo...? Tu Dios...

DANIEL

¡Nuestro Dios:
el único; el infinito
señor de cielos y tierra,
señor de todo ser principio
es quien te habla, Baltasar,
por este tu siervo indigno!

BALTASAR

¿Y qué me dice ese Dios
para mí desconocido?

DANIEL

¡Su nombre publica el mundo;
lo ves en el cielo escrito;
lo proclama el mar soberbio;
lo anuncia el viento en su giro;
con sus tinieblas la noche,
el sol con su ardiente brillo,
la tempestad con sus truenos
y el aura con sus suspiros!

BALTASAR

(Con sarcasmo.)

Sí, yo me encuentro en un mundo
donde con nombres distintos,
oigo que invocan los hombres
no sé qué árbitro escondido...
que no responde jamás.
Yo tiendo la vista, y miro
a las nubes lanzar rayos,
al mar entreabrir abismos,
producir ponzoña el suelo,
el aire en miasmas nocivos
difundir mortales pestes...
¡yermar campos el granizo!
¡Una fuerza loca y ciega
que produce sin designio,
y cuanto engendra destruye
sin más ley que su capricho!
La ventura, fugaz sombra
que se escapa de continuo...,
la justicia, nombre vano
de que hace el fuerte ludibrio...,
y cerrando el horizonte
de este cuadro, tan magnífico,
¡siempre el sepulcro...!, mezclando
en su polvo inmundo y filo,
¡la ignominia con la gloria,
las virtudes con los vicios!
Por tales rasgos se ostenta,
¡profeta!, a los ojos míos,
esa providencia sabia
a que dais culto sumiso...
Ponle el nombre que te cuadre,
préstale voz a tu arbitrio.
(Se sienta, y escucha desdeñosamente a su interlocutor.)

DANIEL

(Acercándosele.)

Si triunfa en la tierra el mal,
¡como lo pruebas tú mismo!,
si sucumbe la inocencia
bajo el poder del impío,
y en la tumba se confunden
los justos con los inicuos,
¡del más allá de la tumba
reconoce el alto aviso!

BALTASAR

Y de tu Dios en el nombre,
¿no dices más?

DANIEL

¡Sí! Te digo
que en su balanza suprema
son pesados los delitos
y virtudes de los reinos.
Que si rompe el equilibrio
el mal al fin, si se borra
de gloria el postrer vestigio,
y caducando un imperio
devorado por sus vicios,
la tierra llega a infectar
con su aliento corrompido...,
entonces Dios lo renueva
por horrendo cataclismo,
que a las viejas sociedades
sepultan en hondo abismo!

BALTASAR

Más que hábil te juzgo loco
si amedrentarme has creído
como a la vil muchedumbre
con tus presagios fatídicos.
¿Dónde estaba tu Dios justo
cuando su templo abatimos
y sus aras venerables
dejamos sin sacrificio?
¿En dónde cuando los surcos
de este suelo, en que cautivos
gemís, con sudor y lágrimas
regáis, en trabajos ímprobos
para que den nuestras vides
un jugo más exquisito?

DANIEL

¡Él castiga nuestras culpas
y venga nuestros martirios!
¡Sí! ¡Nos negó la victoria
¡Bajo tus armas caímos...!
¡Pero ese pueblo humillado
romperá pronto sus grillos!

BALTASAR

Y ese glorioso suceso,
¿qué profeta os lo predijo?

DANIEL

¡El mismo, rey, que te anuncia
que contra ti viene Ciro,
y que al golpe de su espada
se va a hundir el trono asirio!

BALTASAR

(Levantándose, pero reprimiendo su ira.)
Por desprecio solamente
no desmiento el vaticinio.

DANIEL

¿De qué modo?

BALTASAR

¡Libertad
promete a tu pueblo indigno,
y hoy, si quiero, con un soplo
a ese vil pueblo aniquilo!

DANIEL

¡No puedes!

BALTASAR

¡Cómo...!

DANIEL

Ese pueblo,
¡también, rey, está predicho!,
ni tú ni monarca alguno
podrán jamás destruirlo.

BALTASAR

(Con sarcasmo.)

¿No...?

DANIEL

(Con energía.)

No. Con miras eternas
aquel pueblo fue escogido
por cuna de la verdad,
por su perenne testigo,
¡y ha de durar en la tierra

mientras que duren los siglos!

BALTASAR

¡Bien! ¡Yo quiero que se pruebe
de tu Dios el poderío!
¡Neregel! ¡Guardias!

DANIEL

(Con tono de lástima.)
¡No agraves,
mísero rey, tu destino!

BALTASAR

(A Neregel y guardias que entran.)
¡A ese insensato prended!
¡Que todo el pueblo judío
postre mañana su frente
a los que osan llamar ídolos,
y si resistir intenta,
perezca del hierro al filo!

DANIEL

¡Baltasar...!

BALTASAR

(Con ironía.)

¡Venga de Dios
la excelsa mano en tu auxilio!

(Se va por una puerta; por otra se llevan a Daniel, que te sigue un instante con mirada compasiva,
y la escena queda sola . Mientras tanto comienza la música, con la que se unen a intervalos los
truenos.)

ESCENA IV

Nitocris, Rabsares, sátrapas, magos, mujeres del Rey que van entrando sucesivamente a la
escena.

NITOCRIS

Pronto el rey con su presencia
colmará vuestro placer,
y yo me alegro de ver
reunida con la ciencia
la nobleza cortesana
en nuestra mansión.

SÁTRAPA 1

Señora,
de esa corte que te adora
y de servirte se ufana,
los homenajes recibe.
(Bajo a Rabsares.)
¿Cuándo será su caída?

MAGO 1
La ciencia reconocida
gloria mayor no concibe
que merecer tu bondad.

NITOCRIS
Y yo preguntarte anhelo:
¿qué nos anuncia ese cielo
con su densa oscuridad?
¿Los astros en que leéis
nada dicen?

MAGO 1
Dicen mucho.

NITOCRIS
Refiérela, que te escucho.

MAGO 1
(A la corte que te rodea.)
Todos saberlo podéis.
(Gravemente.)
¡Por indicios a millares,
que entiende el saber profundo,
Belo inmortal manda al mundo
que al rey se alcen altares
dignos de su majestad;
que con pompas se decoren,
y que los pueblos te adoren
como a celeste deidad!
(Aparte.)
Pontífice espero ser.

SÁTRAPA 2
Con regocijo y respeto
yo acojo el alto decreto.

MAGO 2
Que se cumpla es menester.

MAGO 1

Lo espero así.

(Señales generales de asentimiento.)

NITOCRIS

(A Sátrapa 1.)

¿Tú qué sabes
de tu vasta satrapía?

SÁTRAPA 1

Prospera más cada día.

NITOCRIS

Pues corren noticias graves.

SÁTRAPA 1

No alcanzo...

NITOCRIS

Se dan razones
de queja.

SÁTRAPA 1

¡Bah! Nada en suma.
Dicen que se les abruma
con enormes exacciones.

NITOCRIS

Se habla de violentas muertes
también.

SÁTRAPA

¡Vaya! Cien cautivos.

NITOCRIS

¿Se rebelaron altivos?

SÁTRAPA 1

Se hicieron torpes e inertes...
casi inútiles por viejos.

RABSARES

El rey se acerca.

MAGO 1

¡Victoria!
siempre alcance, y de su gloria
nos abrumen los reflejos!

TODOS

¡Gloria al rey!
(Se inclinan profundamente, y entra Baltasar con Neregel.)

ESCENA V

Los mismos, Baltasar, Neregel. Esclavos que sirven la mesa. La música colocada en el jardín une sus ecos con los truenos de la tempestad, que va

BALTASAR

¡Sátrapas! ¡Quiero
que reine aquí la alegría
sin límites!

RABSARES

(Bajo al Sátrapa 1)
Tan sombría
nunca vi su frente.

BALTASAR

Espero
que haya tumulto, bullicio,
frenesí... locos placeres,
¡Que entre aromas y mujeres
se turbe, se pierda el juicio!
¡A la mesa!

RABSARES

(Bajo al Sátrapa 1)
Nunca oí
dictar con tan raro tono
del placer el abandono.

SÁTRAPA 1

Obedezcamos.
(El rey ha ocupado su asiento en la cabecera de la mesa, a la izquierda del actor, e indica a su madre el asiento del otro extremo)

BALTASAR

Tú allí.
(Se sientan todos, y los esclavos permanecen de pie detrás de la mesa.)
Salte en las copas el vino

NEREGEL
Sirviéndole.
Este es Chipre, del mejor.

SÁTRAPA 1
Embriaga sólo su olor.

SÁTRAPA 2
Cierto.

MAGO 1
¡Es un néctar divino!

RABSARES
(Levantando su copa.)
¡Por el gran rey Baltasar?

MAGO 1
¡Por el dios Baltasar!

SÁTRAPA 1
¡Vea
Babilonia, cual desea,
alzarse pronto su alta?

UNOS
¡Gloria al gran rey!

OTROS
¡Gloria al Dios!

ESCENA VI
Los mismos, Elda, que entra por la derecha del actor, desmelenada, el vestido en desorden, y pintado en todo su aspecto el extravío de la razón.

NITOCRIS
(Al aparecer Elda.)
¡Cielos...! ¡Es ella...!

BALTASAR
(Aparte.)
¡Qué miro!

ELDA

(Que parece no echar de ver al Rey ni a su corte.)
¡Penetro al cabo! ¡Respiro!
Nadie viene de mí en pos.

BALTASAR

(Poniéndose en pie y lanzando a Rabsares una mirada de reconvención y enojo.)
¡Rabsares...!

RABSARES

(En humilde tono.)
¡Señor...! Mi ausencia
del harén...

NEREGEL

Yo haré al instante
que a la infeliz delirante
se arroje de tu presencia.
(Todos se ponen en pie, y algunos se desvían de la mesa como para ir a
donde está Elda.)

NITOCRIS

(Yendo hacia él.)
¡Por piedad...!

BALTASAR

De ella dispón.

NITOCRIS

(Acercándose vivamente a Elda, que recorre agitada el regio salón y parece reconocerla con
cierta alegría.)
¡Elda...!

ELDA

¡Ah! ¡Tú! ¡Llévame! ¡Quiero
pedirle al déspota fiero
para mi esposo perdón!

NITOCRIS

(Apartando la vista de ella con dolorosa emoción. Aparte.)
¡Desdichada...!

ELDA

¡La orden cruel
aún resuena en mis oídos...!
¡Aún escucho los rugidos
de la turba, que en tropel
sobre su presa se lanza...!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡Oh...!

ELDA

¡Corramos! ¡No consientas
que aquellas fieras hambrientas...!

¡Ven, ven...! ¡Yo tengo esperanza!

¡Corramos!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡Triste ilusión!

ELDA

(Suspendiéndose.)

¡Ah...! ¿No escuchas?

NITOCRIS

Silba el viento.

ELDA

Parece un largo lamento...

NITOCRIS

Te turba vana aprensión.

Estás en nuestra morada

(con tristeza)

¡y nada hay ya que temer!

ELDA

¿Nada...?

NITOCRIS

Sí... Debes creer.

ELDA

(A la Reina con misterio)

¡Pude al cabo hallar entrada!

Me escapé... ¡Guarda el secreto!

Me escapé sin hacer ruido.

Plazas, calles he corrido,
temblándome el pecho inquieto.

Que por sangre resbalaban
mis plantas me parecía...

¡pero yo corría... corría...!
¡Cien espectros me acosaban!

NITOCRIS

«¡Elda...!»

ELDA

«Al fin llegué a las puertas
«de este alcázar... ¡Sí! ¡Ese mismo!
«Me asaltaba un parasismo,
«mas vi que estaban abiertas.
«Toda la corte en tropel.
«como buscando su cetro,
«se precipitaba dentro,
«y ante el augusto dosel
«iba su incienso a quemar...
«¡Y yo, yo sentí en el pecho,
«de mi pavora a despecho,
«nueva esperanza brotar!
«Quise las plantas mover
«llamando todo mi brío...,
«quise por entre el gentío
«ir ante el trono a caer
«clamando ¡Gracia, perdón,
«para mi infeliz esposo!».

NITOCRIS

«Y qué...?»

ELDA

«¡Y en balde afanoso
«redoblaba el corazón
«sus esfuerzos! ¡No podía
«llegar a la regia puerta!
«¡Pugnaba.... pugnaba... y yerta,
«yerta estatua me sentía!»

NITOCRIS

Ya estáis conmigo, y espero
que más tranquila...

ELDA

¡Es verdad!
¡Dios tuvo al cabo piedad
Por un esfuerzo postrero
pude pasar los dinteles...

Y ahora aquí... ¡Cuántos trofeos
de los monarcas caldeos!

¡Cuántas púrpuras, laureles,
luces que afrentan al día

con sus vivos resplandores...!

¡Y olor de mirra y de flores...

¡Y ecos de dulce armonía...!

(Se suspende como escuchando la música, pero de repente se oscurece su rostro y parece poseída de espanto.)

NITOCRIS

(Aparte.)

¡No puedo más...!

ELDA

Al brillante

resplandor que antes lucía

sucede noche sombría...

Cesa el perfume fragante...

Calla el vítor jubiloso...

Los halagüeños sonidos

mueren en lentos quejidos...

Todo es silencio espantoso...

Todo tinieblas... De un frío

sudor se cubre mi frente...

(El Rey, que atiende con semblante sombrío, se le va acercando maquinalmente, los cortesanos le imitan)

Se me condensa el ambiente...

(Con desesperada resolución.)

¡Mas no importa! ¡Yo porfío...!

¡Quiero hallar al rey!

(Da algunos pasos.)

¡Mi acento

le invoca! ¡Nadie responde!

¡Todo en las sombras se esconde!

(Da otra vez algunos pasos y torna a detenerse con pavora)

¡Como hueco el pavimento

bajo mis pasos retumba...!

BALTASAR

(Adelantándose más.)

Infeliz...

NITOCRIS

¡Tu soberano

te tiende benigna mano!

ELDA

(Señalando espantada un objeto que parece ver en el lugar que ocupa el Rey)

¡Mira!

NITOCRIS

¡Es el Rey.

ELDA

¡¡Una tumba!!

¡Y otra...! ¡Y otra...! ¡Y otra...! ¡Y cien!

y nunca el tesoro agota

que fúnebre ostenta!

NITOCRIS

¡Ah! ¡Ven...!

ELDA

¡Así se aclara el misterio

de tiempo en tan breve espacio!

¡Pensé hallarme en un palacio...

y es un vasto cementerio!

NITOCRIS

¡Elda...!

ELDA

¡Quiero huir!

(Lo hace, y se detiene con horror)

¡Sangrientos

fantasmas...! ¿Qué me queréis?

¡No el camino me cenéis

lanzando largos lamentos!

¡Qué...! ¿Los inmóviles ojos

claváis en mí...? ¿Me llamáis

y mi sitio señaláis

entre estos yertos despojos...?

¡No! ¡No! ¡Yo quiero vivir.

¡Soy joven y soy querida!

Quiero al dueño de mi vida

por todas partes seguir,

como amante digna y fiel,

como esposa tierna y pura...

(Suspendiéndose, como si oyera algo que la horroriza.)

¡Qué..!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡Pavorosa locura!

ELDA

¡Qué carcajada cruel

lanzáis de los pechos fríos,

que se repite en cien ecos

por esos fúnebres huecos

de los sepulcros vacíos...!

¿Por qué señaláis mi frente

con burla acerba...? ¡Mentira!

¡No hay mancha en ella...! ¡Delira

si tal sospecha la mente!

En vano la atroz violencia...

En vano... ¡No! ¡No...! jamás!

¡Detente, tirano...! ¡Atrás!

¡Ten piedad de mi inocencia!

¡Qué...! ¿No me escuchas? ¿Tu anhelo

es mi deshonra...? ¡Ah...! ¡Yo corro!

¡Rubén...! ¡Padre! ¡A mí...! ¡Socorro...!

(Huye, y encontrándose con el Rey., que avanza hacia ella, como para imponerle silencio, le reconoce y retrocede horrorizada, dando un grito.)

¡¡No!! ¡Ya es tarde! ¡¡Es tarde...!!

(Cae desplomada en tierra)

NITOCRIS

¡Cielos!

RABSARES

(Acudiendo con otros donde está Elda desmayada.)

¡Desventurada!

BALTASAR

¡Llevala!

RABSARES

(Lo hacen Rabsares y dos esclavos. Momento de pausa)

ESCENA VII

Los mismos, menos Elda y Rabsares.

NITOCRIS

(Con doloroso acento de reconvención)

¡Baltasar...!

NEREGEL

Harto turbó,
gran rey, tu alegre banquete,
la imprevista aparición
de esa insensata.

BALTASAR

(Queriendo sacudir su remordimiento y con animación febril, que va aumentándose hasta rayar en vértigo.)

¡Sí! ¡Corran

de nuevo en giro veloz
los néctares incitantes;
y hasta que al romper el sol
no salga ese manto oscuro,
bebamos sin tregua!

(Se acerca a la mesa, y también los cortesanos, agrupándose en las cabeceras y en el centro del semicírculo, pero sin sentarse, aunque toman las copas)

SÁTRAPA 1

Voy
a proponer otro brindis,
si lo permites.

BALTASAR

¡Propón!

SÁTRAPA 1

Por la pobre loca hebrea
que tan a tiempo llegó
para aumentar del banquete
el desorden seductor.

BALTASAR

¡Bien! ¡Por ella...!

(Levantando todas las copas, y aparece Joaquín, que se adelanta con pasos trémulos y semblante desenchajado. Sale a la escena por la misma puerta por la que acaban de sacar a su hija moribunda.)

ESCENA VIII

Los mismos, Joaquín.

JOAQUÍN

¡Y por tu gloria!

¡Vengo a brindar también yo!

BALTASAR

¡Tú!

NITOCRIS

¡Joaquín...!

JOAQUÍN

¡Les faltaría
a tus goces lo mejor,
si a responder no viniera
de este padre el corazón!

BALTASAR

¡Anciano...!

JOAQUÍN

¡Bebamos, sí!
¡Tú eres nieto de Nemrod!
¡Tú eres ídolo de un pueblo
de quien la tierra tembló;
porque ancha huella de sangre
por doquier dejaba en pos!
Y si hollada la justicia
se ve por capricho atroz;
si haces la fuerza derecho,
flaqueza la compasión,
la virtud vano sonido,
la desgracia deshonor...,
¿qué importa? ¡Del juez supremo
tú aclamas la negación!
¡Tú a los hombres les enseñas
que es su destino el dolor...,
pues si dueño les da el mundo,
no les guarda el cielo un Dios!

BALTASAR

¡Basta ya!

JOAQUÍN

(Con energía.)

¡Pero te engañas,
rey Baltasar!. ¡No es error
la esperanza de los pueblos,
del alma la aspiración!
¡Hay ese Dios, que tú niegas,

de los señores Señor,
ante el cual el rey y el siervo
iguales, hermanos son,
y a su justicia suprema
contra ti se alza mi voz!

NITOCRIS
¡Ah!

BALTASAR
¡Bien! ¡Que ostente su gloria
ese gran Dios de Jacob,
y para brindar por él,
haciéndole digno honor...
vengan los vasos sagrados
del templo de Salomón!

JOAQUÍN
(Retrocediendo con espanto.)
¡Qué has dicho...!

BALTASAR
Del alto brindis
quiero mostrarte el valor.
(Toma los vasos.)

JOAQUÍN
¡Tente, sacrílego!

BALTASAR
(Presentándole uno.)
¡Toma

JOAQUÍN
¡Jamás...!

BALTASAR
¡Te lo mando yo!

JOAQUÍN
¡Tiembra!

BALTASAR
(Con tono de irrisión y alzando su copa)
¡Por el rey de reyes
ante el cual citado estoy!

(Los cortesanos, ebrios, sueltan una carcajada, y al ir a llevar las copas a los labios, una ráfaga violenta del viento abre de golpe todas las ventanas y puertas del regio salón, derribando las estatuas de sus pedestales y apagando instantáneamente las luces. La música cesa las copas sagradas caen de las manos de los sacrílegos, y entre la oscuridad y el estupor general, el estampido de un gran trueno, aparece al frente del Rey con caracteres de fuego, el célebre letrado histórico: «Mane, Thecel, Phares.» Todos se apartan de la mesa despavoridos)

NITOCRIS

(Señalando el letrado.)

¡Mirad...! ¡Mirad...!

SÁTRAPA 1

(Aparte.)

¡Yo tiemblo!

MAGO 1

¡Hórrido arcano!

SÁTRAPA 2

¡Se me hiela la sangre!

MAGO 2

¡Enigma oscuro!

NITOCRIS

¡Mirad, magos famosos,
por invisible mano
trazados en el muro
esos rasgos de fuego misteriosos
que con siniestro resplandor fulguran...!

NEREGEL

¡Miadlos...! ¡Si mentira
no es vuestra ilustre ciencia,
por los dioses mis labios os conjuran
que digáis su sentido!

MAGO 1

Ese misterio que terror inspira...,
ese misterio...

BALTASAR

(Que basta este momento permanece inmóvil, fijos sus ojos en el fatal letrado.)

¡Pronto! ¡La existencia
en ello os va; tenedlo comprendido!

NITOCRIS

¡Hablad!

NEREGEL

¡Decid!

MAGO 1

¡No puedo
ese misterio penetrar profundo!

BALTASAR

(A los otros Magos.)

¡Vosotros!

MAGO 2

(Mientras los demás hacen consternados ademanes negativos.)

No, señor, nadie en el mundo
alcanza a tanto.

SÁTRAPA 1

¡Los embarga el miedo!

NITOCRIS

¡Oh rey!, En Babilonia existe un hombre
que sueños intrincados
supo explicar a tu glorioso padre...

BALTASAR

¡Daniel...!

NITOCRIS

No osaba pronunciar su nombre.
Se encuentra entre los tristes sentenciados...
¡Más que llamarlo a tu bondad le cuadre!

NEREGEL

Preso en palacio está.

BALTASAR

¡Venga al momento!
(Se va Neregel.)

JOAQUÍN

(Aparte.)
¡Daniel...! juicio de Dios!

NITOCRIS

Siempre su acento
órgano fue de la verdad divina.

BALTASAR
(Estremeciéndose. Aparte.)
¡De la verdad!

JOAQUÍN
¡Dios mismo le ilumina!

NITOCRIS
El de esos rasgos que a la mente aterran
sabrán el misterio.

BALTASAR
Si me explica presto
el anuncio que encierran,
ora próspero sea, ora funesto,
juro adornarle con mi regio manto
y otorgar a su vez cuanto me pida.

NITOCRIS
¡Él llega!

SÁTRAPA 1
¡Él llega!

BALTASAR
(Aparte.)
¡A mi pesar me espanto!

JOAQUÍN
(Aparte.)
De emoción siento el alma estremecida.

ESCENA IX
Los mismos. Daniel, Neregel. Esclavos con hachones.

DANIEL
¡Heme aquí, Baltasar!. Di lo que quieres.

BALTASAR
(Con voz trémula.)
Que me explique tu voz aquel escrito
y que altas gracias de mi mano esperes.

DANIEL

Tus dones guarda, rey. No los admito,
pero esos rasgos descifrarte debo.

NITOCRIS

¡Ah...!

BALTASAR

¡Yo te escucho!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡El pecho se me oprime!

JOAQUÍN

(Aparte.)

¡A ti, Señor, mi corazón elevo!

BALTASAR

¡Presto! ¿Qué aguardas? ¡Su sentido dime!
(Momento de silencio.)

DANIEL

Pesó Dios tu justicia..., hallóla falta,
y el término marcó de tu carrera.
¡Esa corona, que tu orgullo exalta,
te la viene a arrancar mano extranjera!
¡Entre persas y medos destrozada
queda desde hoy tu inmensa monarquía,
que de glorias y crímenes cargada
dieciocho siglos de opresión expía!

SÁTRAPA 1

¡Es venganza!

NEREGEL

¡Es mentira!

NITOCRIS

¡Oh, hijo mío!

JOAQUÍN

(Alzando al cielo sus manos)
¡Tu insondable justicia reverencio!

SÁTRAPA 1

¡Castigo tenga el pérfido judío!

NEREGEL

¡Muerte merece el impostor!

BALTASAR

¡Silencio!

(Con grandeza.)

¡Una promesa pronuncie sagrada
y al punto mando que cumplida sea!

(Se quita el manto y lo arroja a manos de Neregel.)

¡La púrpura a los reyes destinada
que hora en sus hombros ese esclavo vea!

DANIEL

(Rechazándola.)

¡Ciro llega a pedirla!

BALTASAR

Todavía

la ostenta Baltasar. Lo que ambiciones
demanda y lo tendrás: mas si este día
no se cumplen, Daniel, tus predicciones,
¡ni restos hallará la nueva aurora
del pueblo de Sión!

ESCENA X

Los mismos, Rabsares.

RABSARES

¡Ármate presto,
rey Baltasar!

BALTASAR

¡Qué dices...!

RABSARES

¡Sin demora!
¡Ciro, a tus puertas llega!

NITOCRIS

¡Hado funesto!

BALTASAR

¡Ciro...!

RABSARES

Ninguna existe.

(A Nitocris.).

¡Tu imprevisión fatal...!

NITOCRIS

¿Qué...?

RABSARES

La corriente

del vasto río encadenar supiste

en hondos lagos; pero no prudente

cegarlos luego imaginaste.

NITOCRIS

¡Oh cielos!

RABSARES

Hoy Ciro con acierto te ha imitado,

aprovechando de la noche el velo,

y el río de su curso desviado

el paso franco le dejó a su gente.

NITOCRIS

¡Ah...!

RABSARES

Todo lo proviene a la defensa,

y espero que hallará quien lo escarmiente;

pero es doquier la confusión inmensa.

NITOCRIS

(Al Rey, que tomando las armas que le da Rabsares, se las viste rápidamente)

¡Hijo mío, hijo mío! ¿Arrostrar quieres

la cólera de un Dios...? ¡Huye conmigo!

BALTASAR

¡Retírense al instante las mujeres!

Nosotros...

NITOCRIS

(Juntando las manos en actitud suplicante.)

¡Baltasar...!

BALTASAR

¡Al enemigo!

(Sale con Neregel, Rabsares y los demás convidados. Las mujeres se refugian a lo interior del palacio.)

ESCENA XI

Nitocris, Daniel, Joaquín, luego Rabsares y al final Baltasar y Neregel.

NITOCRIS

¡De esta madre sin ventura
compadeced las congojas,
y a vuestro Dios indignado
pedidle misericordia
para el hijo de mi vida!

DANIEL

(Aparte.)

¡Señor, su tormento acorta!

NITOCRIS

Con mi llanto, con mi sangre,
la cruda sentencia borra.
¡Mírala, mírala...! ¡Horrible
centellea entre las sombras!

JOAQUÍN

(Aparte.)

¡Mísera madre...!

NITOCRIS

¿No halláis
para calmar mi zozobra
ni una esperanza siquiera...?

DANIEL

¡Del cielo, reina, la implora!

NITOCRIS

(Con desesperación.)

¡Ese cielo es mi enemigo!
¿No escucháis? ¡Las armas chocan
de este palacio a las puertas,
y aquí llegan voces roncadas
de furor...!

JOAQUÍN

(Aparte.)
¡Funesto día!

DANIEL
(Aparte.)
¡Cuál venga, Señor, tu gloria!

NITOCRIS
(Que escucha con ansiedad.)
¡Crece el tumulto...! ¡Se acerca!
¡Oh, hijo mio! ¡Oh, Babilonia!
¡Vuestra suerte se decide
en esta noche espantosa!

RABSARES
(Entrando desarmado y despavorido)
¡Dónde ocultarme...!

NITOCRIS
¡Rabsares!
¿Qué es del rey?

RABSARES
Defensa heroica
le opone en vano al destino,
pues cierta es ya su derrota.

NITOCRIS
¡Y tú...!
RABSARES
Salvo mi existencia.
Haz tú lo mismo, señora,
si aún es tiempo.
(Huye por el lado opuesto de su salida a la escena.)

NITOCRIS
¡Miserable!
Lucha solo... ¡Ah! ¡No que rompan
también de su madre el pecho
las espadas vencedoras!

DANIEL
¡Tente! ¡Mira!
(Neregel y otros entran al Rey herido. Dos esclavos alumbran con hachones.)

NITOCRIS
¡Baltasar...!

NEREGEL

¡Su vida al término toca!

(Lo llevan al diván en que apareció al principio del acto, y Neregel se retira enseguida)

JOAQUÍN

Ya estáis vengados, ¡oh, hijos!

¡Que la piedad triunfe ahora,

pues el poder que castiga

es también el que perdona!

ESCENA XII

Baltasar, Nitocris, Daniel, Joaquín y los esclavos, que han entrado con hachones.

BALTASAR

Esa voz... ¡Ah...! ! La justicia
que invocó no era ilusoria...

¡Le ha escuchado.... y su victoria
todo un imperio desquicia!

NITOCRIS

(Aparte.)

¡Sucumbe mi ánimo firme
a tal prueba...!

BALTASAR

Llega, anciano...

Que pueda estrechar tu mano

y no te oiga maldecirme

en este instante...

JOAQUÍN

¡Jamás!

¡Nuestra santa religión
hace un deber del perdón!

¡Muere en paz, rey!

(Tiende su mano venerable sobre la cabeza del moribundo.)

BALTASAR

¡Ah...! ¡No más!

Ese Dios... ¡Madre...! Yo muero...

¡Mas la verdad resplandece...!

¡El Dios que al hombre engrandece...,

ese.... es el verdadero!

(Hace un esfuerzo supremo para incorporarse al confesar a Dios, y vuelve a caer en brazos de su

madre.)

NITOCRIS

¡Mi bien!

JOAQUÍN

¡Su fin es glorioso!

NITOCRIS

(Levantándose.)

Él no existe, y esas voces
nos anuncian que feroces
llegan en triunfo ominoso
los indignos vencedores
¡más no hollarán sus despojos
profanando ante mis ojos
la mansión de mis mayores!

(Arranca una tea de mano de un esclavo y se va con ella a lo interior del
palacio.)

ESCENA XIII

Daniel, Joaquín, luego Nitocris.

JOAQUÍN

¡Huye, Daniel, a su ejemplo,
que ese Ciro triunfador....!

DANIEL

(Con voz solemne, y avanzando hacia el medio de la escena.)

¡Es el que escoge el Señor
para alzarle el nuevo templo!

(Con inspiración.)

¡Setenta semanas de años
pasan con rápido giro,
y ese templo, que alzar miro
con resplandores extraños
se alumbra en dichosos días...!

JOAQUÍN

¿Qué...? ¡Daniel!

DANIEL

¡Oh, gloria nueva!

¡Ese templo que se eleva
oirá la voz del Mesías!

JOAQUÍN

(Cayendo de rodillas, y juntando las manos, con transporte.)

¡¡Ah...!!

NITOCRIS

(Que al salir a la escena arroja el hachón con que acaba de incendiar el palacio.)

¡Huid, que aún podéis! ¡Baltasar,
yo vuelvo a tus restos fríos!

¡Nuestra mansión los impíos
no pueden ya profana?

(Al arrojarse la Reina sobre el cadáver de su hijo se ven las llamas que devoran lo interior del palacio, y aparecen los vencedores por el foro, alumbrados por el incendio.)

FIN DEL DRAMA